

## Estados Unidos y su guerra contra el terrorismo cuatro años después: un repaso

ROBERT MATTHEWS

## Informe

---

# Estados Unidos y su guerra contra el terrorismo cuatro años después: un repaso

**Autor: Robert Matthews**

Analista del Centro de Investigación para la Paz (CIP-FUHEM). Ha sido profesor adjunto en el Graduate Center for Latin American and Caribbean Studies de la Universidad de Nueva York. Ha escrito sobre movimientos sociales en América Latina, la política exterior de Estados Unidos hacia Latinoamérica y el tercer mundo, los conflictos de baja intensidad, Estados Unidos y su guerra contra el terrorismo y el conflicto en Irak, Irán y Corea del Norte.

Coordinación: Nieves Zúñiga García-Falces

Traducción: Berna Wang

Maquetación: Alce Comunicación

Impresión: Perfil Gráfico

Edita: Centro de Investigación para la Paz (CIP-FUHEM)

C/ Duque de Sesto 40, 28009 Madrid

Teléfono: 91 576 32 99

Fax: 91 577 47 26

[cip@fuhem.es](mailto:cip@fuhem.es)

[www.fuhem.es](http://www.fuhem.es)

Madrid, 2005

Este informe ha sido impreso en papel reciclado como parte de la política de "Buenas Prácticas" en materia de sostenibilidad de FUHEM.

© FUHEM, Fundación Hogar del Empleado

Derechos de reproducción prohibidos. Las solicitudes deben ser dirigidas al CIP.

# Sumario

Introducción .....	5
Consideraciones generales sobre el terrorismo .....	6
– Definiciones y naturaleza del terrorismo .....	7
– El terrorismo militar del Estado .....	9
– Las raíces del terrorismo contemporáneo .....	9
– Propuestas para abordar la amenaza del terrorismo .....	10
– Los escollos del antiterrorismo .....	11
La perspectiva y las respuestas de Estados Unidos .....	11
– Definir a los terroristas .....	12
– La inclusión de grupos armados y movimientos sociales en la categoría de terrorismo .....	13
– Definir el terrorismo en términos militares .....	14
– Una crítica al énfasis militar de Estados Unidos en la guerra global contra el terror .....	17
– La exclusión de los derechos humanos en la guerra global contra el terror.....	18
– Perspectivas europeas.....	19
– La politización del antiterrorismo .....	21
– La seguridad nacional .....	23
– La geopolitización del antiterrorismo .....	24
– La campaña estadounidense por la democracia en Oriente Medio .....	27
Reflexiones finales .....	29



# Estados Unidos y su guerra contra el terrorismo cuatro años después: un repaso\*

---

*En las últimas dos décadas –pero especialmente en los primeros años del siglo XXI– los terroristas están alcanzando al menos uno de sus objetivos: captar la atención del mundo. El terrorismo sigue siendo la cuestión más candente de la actualidad, la piedra angular de la política exterior de Estados Unidos y uno de los principales centros de preocupación de Europa desde los atentados de Nueva York y Washington de septiembre de 2001.*

## Introducción

---

Gracias a la apocalíptica retórica del terror de la Administración Bush y a la insistencia casi diaria sobre la cuestión, la opinión pública estadounidense está saturada de noticias y avisos sobre el terrorismo. En el discurso sobre el Estado de la Unión que dirigió a la nación el 2 de febrero de 2005, el presidente empleó las palabras “terror” o “terroristas” veintisiete veces; la “libertad”, que la Administración presenta como el anverso del terrorismo –como si el terrorismo fuera un concepto ideológico– fue mencionada veinte veces.<sup>1</sup>

Este informe está dedicado a la cuestión del terrorismo internacional y, concretamente, a las respuestas de Estados Unidos al mismo. En el mundo globalizado de hoy, el terrorismo tiene alcance mundial; por tanto, existe cierta simetría en la afirmación de Estados Unidos de que lidera una Guerra Global contra el Terrorismo. Al Qaeda no es más que el representante más destacado de

estos nuevos movimientos descentralizados sin Estado y su ejercicio de la violencia transnacional.

En él se expone que gran parte del terrorismo islámico procede de una sensación común de los musulmanes de que sufren el asedio de Occidente, especialmente de Estados Unidos, y que la política exterior de Washington viene siendo un factor fundamental en la última década en la incidencia del terrorismo internacional. El islam siempre ha tenido una visión global de sí mismo y muchos musulmanes sienten ahora la necesidad de defender a sus hermanos dondequiera que sean atacados o reciban un trato injusto. El evidente auge del fundamentalismo musulmán en el mundo se produce al mismo tiempo que la percepción de que existe una agresión generalizada de Occidente contra el islam, lo que ha creado una mezcla inflamable; la guerra de Estados Unidos en Irak sólo ha agravado esta sensación de ultraje. De forma crucial, el radicalismo islámico contemporáneo ha colisionado con las políticas occidentales –y especialmente

---

\* El autor desea dar las gracias a Roberta S. Matthews y a Manuela Mesa por leer y comentar los primeros borradores de este informe.

<sup>1</sup> Robert Matthews, “Estados Unidos y su política de seguridad en Oriente Medio”, *Anuario CIP 2005: Cartografías del poder: Hegemonía y respuestas*, CIP-FUHEM, Icaria, Barcelona, 2005, p. 33 (versión inglesa en la web [www.cipresearch.fuhem.es](http://www.cipresearch.fuhem.es) y en *Praxis Sociológica-8*, Universidad Castilla-La Mancha, 2004, p. 85).

con las estadounidenses- sobre el conflicto palestino-israelí, el apoyo a los gobiernos amigos (pero para los radicales, corruptos y apóstatas) de Oriente Medio y el despliegue estratégico del ejército estadounidense en la región. Del choque resultante surgieron los guerreros santos de hoy, que siguen el mandato del Corán de hacer frente a las amenazas contra el islam con una *yihad* defensiva. Los musulmanes radicales estaban resentidos contra Estados Unidos por su actuación en Oriente Medio durante los años noventa, pero después de septiembre del 2001, los fanáticos religiosos consolidaron sus acusaciones para condenar lo que percibían como una cruzada contra el islam y justificar un contraataque en su defensa.<sup>2</sup>

Las soluciones siguen siendo esquivas para Occidente porque no hay un consenso sobre la relación causa-efecto. Puede que la pobreza y la desigualdad sean un factor, pero no son necesariamente determinantes o siquiera destacados. De modo similar, la falta de educación contribuye a la alienación, pero no explica del todo el terrorismo. A corto plazo deberíamos evitar también presuponer automáticamente (y promocionar a voz en grito, en el caso de Washington) las ventajas de la píldora milagrosa de la democratización para atacar las raíces del terrorismo en Oriente Medio. Aún se presta poca atención a la necesidad fundamental de examinar y reevaluar las políticas occidentales -y en especial las estadounidenses- en la región. Su modificación parece una posibilidad remota en este momento, pero no hacerlo significa dejar sin abordar una de las causas principales del terrorismo en Oriente Medio. El informe está presidido por la idea de que para combatir el terrorismo con eficacia debemos intentar comprenderlo en toda su complejidad. Lo que se sugiere no es que haya que tolerar el terrorismo en modo alguno, sino que sólo el reconocimiento de la naturaleza diversa del fenómeno y sus múltiples aspectos desembocará en una estrategia antiterrorista efectiva a largo plazo.

Este documento está dividido en dos partes principales: la primera es una introducción al tema del terrorismo actual y, en segundo lugar, las políticas y prácticas antiterroristas de Occidente. Esta parte incluye unas consideraciones generales sobre

las definiciones de terrorismo y su conceptualización, así como perspectivas sobre su naturaleza. También se abordan posibles soluciones, y los peligros de una respuesta excesiva al terrorismo. La segunda parte contiene definiciones y análisis de Estados Unidos sobre el terrorismo, una breve comparación con Europa, la "politización" y "geopolitización" del antiterrorismo por parte de la Administración Bush, una exploración de la actual matriz libertad-seguridad, los riesgos para la democracia de los planteamientos antiterroristas de Estados Unidos y un análisis crítico de la eficacia de la política de democratización como solución al terrorismo. El informe argumentará que, por muchos éxitos electorales que hayan cosechado los republicanos gracias a la politización de esta cuestión, las consideraciones políticas desmerecen los esfuerzos por proporcionar una seguridad nacional adecuada; y que dar prioridad a los objetivos geopolíticos -y en concreto, la decisión de invadir Irak- en detrimento de una guerra contra el terrorismo centrada ha aumentado el alcance y la incidencia del mismo.

## Consideraciones generales sobre el terrorismo

---

### *Definiciones y naturaleza del terrorismo*

En primer lugar, hay algunas preguntas sobre las que reflexionar más que responder. ¿Se incluyen demasiadas cosas bajo el epígrafe del terrorismo? ¿Hacemos un uso excesivo o erróneo de este término? Si hubiera sido una cuestión en 1945, ¿cuántos aspectos de la II Guerra Mundial, incluidos los bombardeos de ciudades alemanas y japonesas y el uso de la bomba atómica en Hiroshima y Nagasaki, entrarían en una categoría general de terrorismo? ¿Cuántos aspectos de la Guerra Fría constituyeron una variedad de terrorismo?

El terrorismo, como es lógico, se considera en general un medio para lograr un fin, un arma al servicio de un programa político, y no un fin en sí mismo. El terrorismo es la expresión dramática y terrible del poder de la violencia desencadenada

---

<sup>2</sup> Más sobre el concepto de "yihad defensiva" en anónimo (posteriormente se supo que el libro fue escrito por Michael Scheuer), *Imperial Hubris. Why We are Losing the War on Terror*. Dulles, Va.: Brassey's Inc., 2004, pp. 7-17.

## A diferencia del comunismo durante la Guerra Fría, el terrorismo no puede ser considerado un adversario ideológico

contra no combatientes para intimidar y presionar a un antagonista, debilitar o provocar la capitulación de un enemigo, promover un programa político, y atraer a aliados y reclutas a la causa de quienes lo ejercen. A diferencia del comunismo durante la Guerra Fría, el terrorismo no puede ser considerado un adversario ideológico; no muestra un conjunto prefijado de creencias, aunque una ideología concreta puede dar primacía a estrategias terroristas y quienes lo ejercen casi siempre poseen una ideología, por rudimentaria o visceral que sea. Sostener, como hacen algunos líderes, que el terrorismo es una especie de acto espontáneo de maldad, carente de objetivos políticos serios, es relegarlo a la categoría de conducta aberrante e irracional, y a quienes lo ejercen a poco más que unos asesinos de masas con una patología antisocial. Pero esta distorsión emocionalmente satisfactoria es una simplificación excesiva y peligrosa que subestima al adversario terrorista y perjudica los esfuerzos para combatir el terrorismo con eficacia. De ser cierta, la mejor forma de abordarlo sería con la policía local y los psiquiatras y no con redes de información y seguridad y operaciones militares internacionales.

El fenómeno del terrorismo sí tiene un aspecto en común con la conducta delictiva y la violencia malévolas: es un mal con el que vamos a convivir durante algún tiempo. Todo el mundo reconoce que aún es casi imposible precaverse contra los terroristas suicidas. La persistencia de factores estructurales hace que el terrorismo continúe afectando a la sociedad. Los grupos terroristas han demostrado tener una notable capacidad para reclutar adeptos y reemplazar las pérdidas; y la violencia se ha transformado en un modo de vida para varios grupos que ejercen el terrorismo (además de Al Qaeda, considérese, por ejemplo, la evolución de los paramilitares y de las FARC en

Colombia). La estrategia de Al Qaeda parece adoptar una perspectiva amplia; el grupo espera el momento oportuno y suele golpear después de largos periodos de inactividad. Transcurrieron ocho años entre el primer atentado contra las Torres Gemelas en 1993 y los atentados del 11-S que las destruyeron. Hasta ahora, el terrorismo muestra una cualidad endémica, y su incidencia continúa año tras año —y en los últimos tres años aumenta de forma notable— mientras existan las condiciones que lo generan. Como sostiene el general de artillería retirado Alberto Piris: “Hay que asumir que las acciones terroristas, en el mundo de hoy, han de ser consideradas como graves perturbaciones inherentes a la actividad humana, como las catástrofes aéreas, los accidentes de tráfico o los desastres naturales. El terrorismo, como la delincuencia, nunca desaparecerá totalmente, aunque ambos hayan de ser perseguidos con intensidad y sin descanso.”<sup>3</sup>

Por tanto, el mundo seguirá necesitando políticas inteligentes y eficaces para neutralizar a los grupos terroristas, reducir al mínimo los posibles daños que causen a corto plazo y limitar su atractivo a largo plazo. Y deben basarse en la comprensión del carácter único, la diferenciación y los múltiples aspectos del terrorismo.

Ha habido casos en los que el terrorismo ha pasado a ser un fin en sí mismo, convirtiéndose en una acción radical, un acto independiente de pureza ideológica revolucionaria que por tanto trasciende un análisis sociopolítico evidente. Los ejemplos incluyen ciertos aspectos del anarquismo del siglo XIX, y durante un periodo de los años ochenta en el siglo XX el fenómeno de Sendero Luminoso en Perú, movimiento comunista campesino-indígena que ha sido comparado con el Jemer Rojo de Camboya, siendo la plasmación de sus ideologías la negación de la primacía de la política

<sup>3</sup> “¿Existe todavía Al Qaeda?”, *La Estrella Digital*, 12 de abril de 2005.

a favor del poder transformador de la violencia. El terrorismo, envuelto en un fundamentalismo reduccionista, pasó de ser una necesidad táctica a convertirse en un principio intrínseco.<sup>4</sup> Al Qaeda contiene elementos de esta amalgama apocalíptica de medios y fines en el proyecto yihadista del grupo y su interpretación por los militantes de base. En un nivel abstracto, los atentados suicidas contra civiles que comete este grupo y su amplia red de simpatizantes encarna la creencia en la violencia terrorista como acto de redención religiosa personal. Así, se venga al islam con un “acto de guerra” y se ensalza en un sacrificio individual desinteresado, la esencia de la “guerra santa”. Y aun así, centrarse exclusivamente o siquiera principalmente en esta dimensión de Al Qaeda no serviría para comprender del todo su naturaleza.

Modernizando la frase de Karl von Clausewitz sobre la guerra, puede que sea más útil definir la mayor parte del terrorismo actual como “política por otros medios muy sangrientos”. Naciones Unidas definió el terrorismo como “cualquier acto, aparte de los especificados y en vigor en las convenciones y acuerdos sobre aspectos concretos del terrorismo, los convenios de Ginebra y la Resolución 1566 (de 1 de diciembre de 2004) del Consejo de Seguridad de la ONU, que esté dirigido a causar la muerte o un daño físico grave a un no combatiente civil o a obligar a un gobierno u organización internacional a realizar una acción o abstenerse de realizarla.” Deberíamos añadir que otro objetivo del terrorismo es dar publicidad a su poder, dañar la credibilidad de un adversario y así debilitarlo, e inspirar a posibles reclutas con la imagen de un poderoso Goliath humillado. El terrible número de víctimas que el terrorismo se ha cobrado da una sensación de poder a quienes de otro modo serían relativamente impotentes. Causado por frustraciones y resentimientos contra un mundo a menudo indiferente, el intento de equilibrar la balanza aunque sea un solo día sirve al fin de difundir las acusaciones de los perpetradores contra su enemigo, más poderoso, cuando no de suscitar la solidaridad con ellos.

El terrorismo, por definición, no es un ataque contra un objetivo militar enemigo, ni siquiera cuando lo comete un suicida. Los ejércitos están adiestrados precisamente para que la violencia no los aterrice. Recordemos que los pilotos kamikazes japoneses no eran considerados terroristas, sino miembros fanáticos de la fuerza aérea del enemigo. Los soldados estadounidenses que, con desprecio de su propia vida, atacaban al enemigo en misiones casi suicidas eran considerados héroes, no terroristas. No obstante, el ejército y los medios de comunicación de Estados Unidos siguen refiriéndose a muchos ataques contra soldados estadounidenses e iraquíes como actos de terrorismo. George Bush, por ejemplo, elogia sin cesar a los iraquíes que trabajan para derrotar a los terroristas, englobando a toda la oposición armada iraquí en la misma categoría antisocial y criminal.<sup>5</sup> Estados Unidos ocupa Irak, y para cualquier resistencia armada a la ocupación es un objetivo militar legítimo, junto con las fuerzas locales consideradas colaboradoras. Todo ataque subrepticio por cualquier medio —emboscadas, francotiradores, bombas junto a la carretera o atentados suicidas— contra un ejército ocupante forma parte de una estrategia guerrillera de efectos comprobados de guerra de baja intensidad concebida para desgastar y agotar a un enemigo militarmente superior, pero no se puede considerar terrorismo.

Sin embargo, hay que hacer una salvedad: no deberíamos aceptar como un axioma la idea de que el terrorismo sólo puede considerarse como tal si los ataques están dirigidos contra objetivos civiles. El grupo terrorista vasco ETA ha matado a policías y militares españoles que no invadían, ocupaban, o ni siquiera estaban presentes en el País Vasco. Estas operaciones no deben considerarse combates militares, actos de guerra o una defensa contra un enemigo hostil: tienen todas las características de los actos de terrorismo. Si no hay un conflicto militar definido, quienes ejercen la violencia contra los símbolos de los órganos de seguridad de un antagonista no pueden reivindicar la condición legítima de combatiente.<sup>6</sup>

---

<sup>4</sup> Los rebeldes potenciaron al máximo la violencia y la trataban como una limpieza revolucionaria y un acto ritual de búsqueda de la verdad. Los senderistas eran unos absolutistas maniqueos que nunca dudaron de que tenían el monopolio de la verdad y que consideraban una obligación difundirla por medio de “actos sobrecogedores”. Véase Carlos Ivan Degregori, “A Dwarf Star,” *NACLA Report on the Americas (Fatal Attraction. Peru’s Shining Path)*, XXIV, N° 4, diciembre-enero 1990-1991.

<sup>5</sup> Véase, por ejemplo, *El País*, “Los Estadounidenses critican la guerra...”, 17 de marzo de 2005, p. 3.

<sup>6</sup> Quiero expresar mi agradecimiento a Antonio Sanz Trillo, investigador y analista del CIP, por esta aclaración.



Si, en términos generales, el terrorismo es un instrumento político sanguinario, la siguiente pregunta es: ¿para qué fin constituye un medio? Esta pregunta conlleva la necesidad de examinar la motivación de los terroristas, sus metas o exigencias políticas, la finalidad de esta terrible matanza de inocentes. La indagación lleva lógicamente a un intento de comprender los antecedentes de los grupos o personas responsables, sus convicciones religiosas y políticas y la naturaleza de la alienación social y la frustración en que podrían fundamentarse sus ideas. Es este ejercicio el que más se ha echado en falta al menos en los análisis oficiales sobre la cuestión de los últimos cuatro años. Desde el 11-S, Washington, por ejemplo, mantiene como tabú los debates acerca de las raíces del terrorismo en favor de la erradicación de los terroristas.

Los resultados no son alentadores. Pese a la muerte de miles de miembros de Al Qaeda y de talibanes, así como de rebeldes en Irak, el antiterrorismo occidental no ha logrado asestar un golpe decisivo a las organizaciones terroristas en los últimos cuatro años; en realidad, hay muchos indicios de su expansión y difusión. Por otra parte, los terroristas tampoco pueden decir que hayan tenido mucho éxito en forzar un cambio político o implantar su programa político aparte de la publicidad obtenida. Los Estados víctimas y sus ciudadanos están lejos de rendirse ante los objetivos de los terroristas y tales objetivos siguen siendo vagos e indeterminados; sus actos sólo pueden producir de lejos el tipo de transformación que desean. En esta coyuntura, parece que el terrorismo internacional y la respuesta antiterrorista de Occidente compiten en una carrera mortal para causar más víctimas.

### ***El terrorismo militar del Estado***

La guerra, como diría la consigna pacifista, no es sólo terrorismo con un presupuesto mayor. Sin embargo, puesto que la característica principal del terrorismo es crear el temor y la incertidumbre entre los civiles en la persecución de objetivos políticos o militares, es empíricamente obvio

que los Estados y sus Fuerzas Armadas podrían ejercer en ocasiones una forma de terrorismo. Por tanto, cualquier definición de terrorismo debería incluir el uso por parte de ejércitos y Estados de tácticas que, de forma intencionada o no, directa o indirectamente, aterrorizan a la población civil. El bombardeo de saturación de ciudades alemanas y japonesas en la II Guerra Mundial, así como el uso de la bomba atómica contra la población civil de Hiroshima y Nagasaki, tenían por objetivo minar la resistencia de estos gobiernos aterrorizando a sus ciudadanos. Algunas incursiones de las fuerzas de seguridad israelíes en los territorios ocupados de Palestina constituirían terrorismo. Otros países, como Rusia al combatir el terrorismo checheno, y Argelia al reprimir a los extremistas musulmanes del país, no han dudado en emplear a sus fuerzas militares y policiales para sembrar el miedo entre poblaciones consideradas una amenaza para el Estado. De modo similar, cabría decir que los ataques aéreos estadounidenses contra Bagdad de marzo y abril del 2003 fueron una campaña militar destinada a propagar el terror y, así, disuadir a los iraquíes —militares y civiles— de ofrecer resistencia. El nombre en clave de “Conmoción y Terror” tal vez captó sin querer su intención de aterrorizar. No sorprende, pues, que en los debates en torno a la reforma de Naciones Unidas, Estados Unidos se oponga a que la ONU adopte una definición de terrorismo que incluya a los Estados y a los ejércitos formales.<sup>7</sup>

### ***Las raíces del terrorismo contemporáneo***

Analizar las raíces del terrorismo es una empresa peliaguda. Hay que ser cauto con algunas de las causas demasiado obvias que se encuentran en expresiones simplistas como la pobreza, el desplazamiento social, la alienación política y la ausencia de democracia. En Oriente Medio el terrorismo no surge de unas naciones frágiles y empobrecidas, sino de unos Estados fuertes. La pobreza no es un factor significativo en el nacimiento de Al Qaeda (ni tiene relación con la persistencia de la organi-

<sup>7</sup> *The Washington Post*, 1 de septiembre de 2005.

## Es más importante idear estrategias para examinar y reducir los motivos de queja que generan terroristas que limitarse a matar a algunos de ellos

---

zación separatista vasca ETA en España), y la democracia no es un baluarte seguro frente al terrorismo. El terrorismo local no es desconocido para países democráticos como Estados Unidos, España y Gran Bretaña, ni tampoco para las democracias recién nacidas de la antigua Unión Soviética o Yugoslavia.

Además de la alienación social, económica y política, hay otros factores causales –tanto estructurales como circunstanciales– como el radicalismo ideológico-religioso y la condición alienada y marginal de los musulmanes jóvenes en los países europeos. Está la cuestión de hasta qué punto influyen la política israelí en Cisjordania y el trato que Israel da a los palestinos como factores que contribuyen al terrorismo. Lo que recibe mucha menos atención en el discurso sobre los motivos de los terroristas es la política exterior estadounidense en el mundo islámico, tanto antes del 11-S como ahora, con las guerras de Estados Unidos en Irak y Afganistán. Habría que recordar que Osama Ben Laden ofreció tres razones para los atentados del 11-S, ninguna de las cuales tenía nada que ver con un “choque de civilizaciones” o el grito de frustración de una cultura malograda, profundamente hostil a la democracia, el capitalismo y la modernidad. En primer lugar figuraba la presencia militar de Estados Unidos en Arabia Saudí, la tierra santa histórica de La Meca; en segundo lugar, la colaboración de Estados Unidos con lo que los musulmanes fundamentalistas consideran regímenes política y religiosamente corruptos y “apóstatas” de Oriente Medio; y en tercer lugar, la opresión de los palestinos por Israel y el apoyo incondicional de Washington a Israel y sus políticas. La invasión, la ocupación y las campañas militares en los países islámicos de Irak y Afganistán no han hecho más que alimentar estas críticas.

### ***Propuestas para abordar la amenaza del terrorismo***

Del mismo modo que difieren sus análisis sobre las causas del terrorismo, las soluciones que persiguen Estados Unidos y Europa reflejan también un énfasis diferente. No obstante, sí coinciden en que los terroristas no pueden actuar con impunidad y en que los gobiernos deben proteger a la sociedad de las amenazas inmediatas para la seguridad con todos los medios necesarios, incluida la opción de la fuerza armada.

Debería ser evidente que es más importante idear estrategias para examinar y reducir los motivos de queja que generan terroristas que limitarse a matar a algunos de ellos. Más allá de la necesidad de adoptar medidas para proporcionar seguridad inmediata, y de la esperanza más bien vana de que la Administración Bush se replantee su política exterior en Oriente Medio, es crucial que los gobiernos aborden la amenaza del terrorismo a largo plazo. Los gobiernos y las agencias nacionales e internacionales responsables del antiterrorismo deben desarrollar una visión integrada del problema y una respuesta coordinada concebida para aislar y deslegitimar a los terroristas. En general, esto supone concentrarse en remedios para las causas estructurales que hacen engrosar las filas de los posibles terroristas, remedios que deberían centrarse sobre todo en trabajar con los Estados islámicos para abrir el entorno sociopolítico que frustra y priva de sus derechos a los musulmanes jóvenes. La mejora y la ampliación de la educación tendría beneficios a largo plazo. Al mismo tiempo, también habría que presionar a los países islámicos (y en particular a Arabia Saudí y Pakistán) para que tomen medidas drásticas contra las escuelas religiosas (madrasas) y otros escenarios donde la violencia se presenta como parte integral del fundamentalismo religioso. La influencia occidental

debería ejercerse de forma que no fuera contraproducente ni generase más resentimiento que fomento actividades terroristas entre los fanáticos religiosos. Como Joschka Fischer, ministro de Asuntos Exteriores de Alemania, declaró en 2003: mientras tengamos que combatir el terrorismo, debemos ser muy cuidadosos para evitar convertir a ciudadanos normales en terroristas.<sup>8</sup>

A diferencia de las actitudes que mostraban hacia el comunismo y las rebeliones izquierdistas durante la Guerra Fría, los países occidentales rechazan en general la idea de negociar con grupos radicales como Al Qaeda. Las razones que siempre se alegan es que estos grupos carecen de programa político, cometen sus ataques por una especie de ira ciega y, por tanto, que las negociaciones legitimarían la violencia. Sin embargo, las negociaciones con grupos terroristas nacionales como el IRA y ETA suelen ser una opción. Por ejemplo, en España, mientras el Partido Popular, de carácter conservador, se opone con rotundidad a las negociaciones con ETA, el Partido Socialista, actualmente en el poder, no ha descartado las conversaciones y persigue actualmente algún tipo de diálogo.

### **Los escollos del antiterrorismo**

En el espacio donde confluyen la libertad y la seguridad existe la posibilidad real de que las naciones amenazadas por el terrorismo sufran una política del miedo (véase el análisis del caso de Estados Unidos, pp. 17-20). Para las democracias siempre existe el riesgo de que no sólo la seguridad nacional tenga preferencia sobre la protección de las libertades civiles, sino de que, en la búsqueda de la primera, las garantías constitucionales y el Estado de derecho sufran daños a largo plazo. En palabras de Alberto Piris: “[...] lo que debe considerarse en primer lugar es que la propia democracia en sí es tan sensible a los ataques terroristas como pueden serlo las refinerías, los aeropuertos o las centrales nucleares”.<sup>9</sup>

Las revelaciones sobre la práctica estadounidense de torturar, maltratar y degradar a sospe-

chosos y presos, así como varias defensas legales e intelectuales de la tortura, son señales inquietantes. Como también lo es la represión de la disidencia en nombre de la seguridad. Este abandono voluntario de las virtudes democráticas en realidad es una derrota y concede una victoria inesperada e injustificada al enemigo terrorista. Con independencia del número de terroristas capturados o muertos o de células durmientes desmanteladas, esta evolución constituye el auténtico triunfo del terrorismo y una derrota para el sistema democrático que decimos defender. Como escribió en abril Anna Quindlen: “[S]e me ocurre [...] que son los terroristas quienes han ganado. Desde el 11 de septiembre, nos parecemos más a ellos. La esencia de la forma en que los fanáticos ven el mundo es polar: el bien y el mal, lo sagrado y lo profano, ellos y nosotros [...] América se ha convertido en un país que enseña a sus jóvenes el terrible ejemplo de una mentalidad cerrada. Los terroristas querían matar infieles. Nosotros sólo queremos silenciarlos.”<sup>10</sup>

### **La perspectiva y las respuestas de Estados Unidos**

El programa de seguridad nacional e internacional de Estados Unidos cambió de forma espectacular después de los atentados terroristas contra Nueva York y Washington del 11 de septiembre de 2001. Desde una reticencia casi neoaislacionista a involucrar a Estados Unidos en conflictos que tenían lugar en todo el mundo, el terrorismo, considerado una amenaza mundial, ha llegado a dominar el pensamiento estratégico de Washington y sigue estando obsesivamente omnipresente e influyendo en casi todos los aspectos de la política exterior estadounidense. George Bush, hablando sobre la devastación del huracán Katrina en septiembre, pasó, de forma repentina y estrafalaria, a denunciar a los terroristas y a relacionar el huracán con la guerra contra el terror. Los terroristas, dijo, eran “la clase de personas que miran el Katrina y desearían haberlo causado”; el presidente, por

<sup>8</sup> Citado por José Félix Tezanos durante la segunda sesión del curso “La paz y la solidaridad internacional”, Universidad Complutense de Madrid, Curso de Verano, El Escorial, 18-22 de julio de 2005.

<sup>9</sup> Alberto Piris, “¿Existe todavía Al Qaeda?”, *La Estrella Digital*, 12 de abril de 2005.

<sup>10</sup> Anna Quindlen, “Life of the Closed Mind,” *Newsweek*, 30 de mayo de 2005, p. 82.

otra parte, se motivaba para hacer frente a los desastres naturales pensando: "¿Y si esto lo hubieran hecho los terroristas?"<sup>11</sup>

Ahora parece casi olvidado que George Bush rechazó de forma significativa la implicación internacional y las políticas intervencionistas de su predecesor, Bill Clinton; su campaña para la presidencia de 2000 tenía por consigna la necesidad de una "política exterior humilde". Sin embargo, después del 11 de septiembre, la Administración Bush no sólo ha adoptado un programa intervencionista mundial en nombre de la lucha contra el "enemigo sin rostro" del terrorismo, sino que no ha tenido reparos en perseguir sus objetivos unilateralmente. La política exterior ha resucitado en gran medida los supuestos de la Guerra Fría de los cuarenta años anteriores, pues el eslabón se rompió en el periodo posterior a la Guerra Fría (1989-2000), durante la Administración de su padre y la de Clinton. Repitiendo esos prejuicios, se considera que el terrorismo es parte de una ideología hostil, un enemigo omnipresente con un alcance global y un motivo de preocupación siempre presente. Su inquietante sombra rondaba incluso las aburridas abstracciones del comercio y las finanzas internacionales. Se contaba que al año siguiente del 11-S, la primera pregunta que hacía el secretario de Hacienda, Paul O'Neill, a sus homólogos de otros países no era sobre el programa económico de Estados Unidos, sino qué estaba haciendo el gobierno de ese ministro en relación con el terrorismo.

### ***Definir a los terroristas***

La Administración de George W. Bush, así como la de Tony Blair en Inglaterra, considera en algunas ocasiones que el terrorismo es un medio para alcanzar un fin político y en otras, que es un fin sanginario en sí mismo, pero también afirma que el terrorismo podría ser básicamente una patología irracional. Los Gobiernos estadounidense y británico tienden a rechazar la política del terrorismo islámico tachándola de ilegítima e inmerecedora de un análisis serio. Sostienen que el terrorismo expresa únicamente una ideología primitiva

de odio, un deseo de destruir Occidente, un odio a la libertad y la democracia ("esto estaba dirigido contra nuestra existencia [...] nos desprecian por lo que somos", era una frase que se escuchó a menudo después del 11-S). Otras veces se oye decir que estos terroristas no tienen ideología, y la lapidaria afirmación de que no son más que "gente mala". Tras los terribles atentados de Londres, Tony Blair calificó a los responsables de "personas con el mal en el corazón". Naturalmente, negar un programa político real y explicar el terrorismo como un ataque ciego contra "lo que somos" cometido por unas personas retorcidas permite que los gobiernos occidentales eviten afrontar "cómo actuamos" internacionalmente como factor que contribuye a su existencia, es decir, qué es lo que han perseguido las políticas exteriores que podría haber provocado estos ataques violentos y suicidas.

En julio del 2005, la secretaria de Estado (ministra de Asuntos Exteriores) estadounidense Condoleezza Rice aún se hacía eco del lenguaje adoptado por la Administración en septiembre de 2001. Hablando de los terroristas musulmanes en Europa, la antigua experta en Relaciones Internacionales declaró enigmáticamente que "esto no tiene que ver con agravios sino con un esfuerzo por destruir; quieren crear el caos y minar nuestra forma de vida [...] no son más que personas malvadas que quieren matar".<sup>12</sup> Cabe preguntarse que si sólo querían matar, o si sólo odiaban valores occidentales como la libertad, ¿por qué no atacaron a Suecia? Hablar como han hecho Blair y Rice es sugerir que la violencia terrorista es un fin pervertido en sí mismo. Este tipo de pensamiento, si algo propugna es un enfoque similar al tratamiento que se da a los sociópatas: vigilarlos y contenerlos, y quizá más tarde, investigar qué es lo que les ha convertido en lo que son. No cabe duda de que es incoherente menospreciar a los terroristas calificándolos de "chicos malos" sin más, carentes de cualquier ideología, política o propósito serio y después justificar la invasión militar en gran escala de dos países para derrocar a unos gobiernos considerados políticamente hostiles hacia los intereses occidentales o estadounidenses.

---

<sup>11</sup> Maureen Dowd, "Stormy Spins in a Vortex", *The New York Times*, 24 de septiembre de 2005.

<sup>12</sup> The Jim Lehrer Newshour, Public Broadcasting System, 28 de julio de 2005.

## La demonización de un enemigo global e indiferenciado exime a Washington de la obligación de investigar y tratar los complejos rostros del terrorismo y sus causas más profundas

### ***La inclusión de grupos armados y movimientos sociales en la categoría de terrorismo***

Confundir el terrorismo con un fin en sí mismo y declarar después, como ha hecho la Administración Bush, que este fin une de algún modo a todos los grupos, movimientos sociopolíticos y rebeliones que atacan a la población civil como parte de una estrategia política, constituye un grave error de análisis. Pero la Casa Blanca ha puesto bajo el epígrafe del terrorismo a un gran número de conflictos dispares con diferentes antecedentes, y a grupos armados diversos que emplean la violencia como arma, con independencia de si amenazan directamente o no a Estados Unidos. Se ha arrojado a todos estos movimientos, complejos y políticamente distintos, como ETA en España, el antibritánico y antiprotestante IRA en Irlanda del Norte, las FARC, de orientación marxista, en Colombia, y Al Qaeda, al mismo cesto terrorista, con independencia de la amenaza para la seguridad que representan para Estados Unidos. Esta ausencia de discriminación se corresponde con la visión de la Casa Blanca de un mundo maniqueo dividido en blanco y negro, bien y mal, ellos y nosotros. Reconocer un terreno intermedio, una zona gris de violencia diferenciada, una jerarquía de peligro para Estados Unidos y Occidente —o contemplar, siquiera para enmarcar el debate, los principios de la Realpolitik y de la contención selectiva— es caer en un error impropio de hombres. La actual Administración estadounidense tiene miedo de parecer que analiza un problema y de adoptar una actitud intelectual y afrancesada en lugar de actuar. Como declaró con fiabilidad una vez George Bush al periodista Bob Woodward: “yo no hago matices”.

Naturalmente, esta actitud ignora deliberadamente que estos conflictos, que casi siempre transcurren en el mundo en desarrollo, tienen a veces décadas de antigüedad y raíces en complejas situaciones sociopolíticas y luchas por la justicia social. Como ha escrito Mabel González Bustelo: “Desde Filipinas a Colombia, pasando por Indonesia, la República Democrática del Congo, Darfur en Sudán o incluso los movimientos de reivindicación indígena en América Latina, muchos países y regiones del mundo han pasado a ser, especialmente en documentos oficiales o no oficiales de EEUU, focos potenciales del llamado “terrorismo global”. De este modo, los problemas de fondo de los Estados o para-Estados, como Chechenia y Kosovo, que han tenido o tienen conflictos armados o alta violencia social desaparecen detrás de la guerra contra el terrorismo.”<sup>13</sup>

Una categorización de talla única lleva de nuevo a una imagen infructuosamente monocroma del terrorismo y, en consecuencia, distorsiona la respuesta al mismo. La demonización de un enemigo global e indiferenciado exime esencialmente a Washington de la exigente obligación de investigar y tratar los complejos rostros del terrorismo y sus causas más profundas. Sucumbiendo al inexorable tirón de lo familiar, se define el terrorismo como una amenaza para el mundo en general, de una forma muy similar a como lo fueron Alemania y Japón en la II Guerra Mundial, o el comunismo internacional durante la Guerra Fría. Creer que el terrorismo y los terroristas son similares al fascismo y a los Estados fascistas sólo sirve para debilitar y prolongar los esfuerzos dirigidos a enfrentarse con habilidad y, en última instancia, contener o eliminar el terrorismo. Por otro lado, esta forma de pensar facilita la transformación por parte de

<sup>13</sup> “¿Conflictos o terrorismo?”, *El Mundo*, 14 de febrero de 2005.



## La guerra contra el terror se transformó enseguida con una lógica casi surrealista en una guerra en Irak

---

Washington de lo que debería ser un enfoque multinacional, multifacético y efectivamente calibrado hacia el antiterrorismo en una guerra unilateral contra el terrorismo encabezada por el Pentágono. La respuesta militar global como primer recurso contra un enemigo global indefinido y amorfo se ha convertido en el eje de la política estadounidense. Y la guerra en este caso proporciona una dinámica falsa, una sensación engañosa de que se está emprendiendo una acción enérgica y decisiva cuando nunca se puede ganar la batalla definitivamente.

Esta clasificación tan amplia también sirve a los intereses del programa neoconservador y hegemónico de la Administración Bush, pues se pueden conseguir recursos del presupuesto para oponerse a movimientos de izquierda contrarios al neoliberalismo o que amenazan a los intereses de Estados Unidos como parte de la guerra contra el terrorismo. La definición amplia del terrorismo, que incluye rebeliones y otras luchas armadas, además de movimientos de protesta social, ha permitido a Washington considerar los movimientos indígenas de Ecuador y las protestas antigubernamentales bolivianas amenazas para la seguridad de la estabilidad regional. La Administración Bush apoyó un golpe de Estado contra el líder venezolano, elegido democráticamente aunque virulentamente nacionalista, Hugo Chávez, y después vinculó a Chávez al líder de las protestas y candidato a la presidencia de Bolivia Evo Morales, insinuando una especie de conspiración antiestadounidense internacional.<sup>14</sup>

### ***Definir el terrorismo en términos militares***

Poco después de los trágicos sucesos del 11-S, la Administración Bush tocó a rebato al mundo para que se le uniera en una guerra general y total, la "guerra global contra el terrorismo". Estados Unidos tomaría la iniciativa de enfrentarse a un enemigo militar susceptible de derrota militar. El mundo se veía ahora en términos absolutamente maniqueos y apocalípticos: "O están con nosotros o con los terroristas". Pero en contraste con Europa, que tiende a ver el concepto de guerra total como un conjunto complejo de instrumentos y medidas, la versión estadounidense se basa sobre todo en una visión militar del problema y su solución: una estrategia tan creíble como lanzar a la 82 División Aerotransportada como arma principal en una "guerra contra la violencia". Sin embargo, la guerra contra el terror se transformó enseguida con una lógica casi surrealista en una guerra en Irak. El terrorismo permitió a la Administración Bush explotar sistemáticamente el miedo de los ciudadanos generado por los atentados de Al Qaeda y establecer una engañosa relación entre Irak y el 11-S. Al presentar los argumentos a favor de la guerra con lo que ahora parece un razonamiento claramente retorcido, tergiversaciones calculadas y transparente tendenciosidad, Washington se dispuso a obtener la aprobación de la opinión pública y los medios de comunicación para una guerra innecesaria como eje del antite-

---

<sup>14</sup> Gustavo González escribe que la "guerra contra el terror" amenaza con expandirse a América Latina, tomando como objetivo los movimientos indígenas que reclaman autonomía y protestan contra las políticas del libre mercado y la globalización "neoliberal". Cita al abogado José Aylwin, del Instituto de Estudios Indígenas de la Universidad de la Frontera de Temuco, Chile, según el cual, en Estados Unidos "existe la percepción de que los activistas indígenas son elementos desestabilizadores y terroristas" y se empieza a mostrar sus demandas y su activismo desde una perspectiva criminal. "Latin America: 'War on Terror' Has Indigenous People in its Sights," agencia de noticias Inter Press Service (<http://ipsnews.net/interna.asp?idnews=28962>), Santiago, Chile, 6 de junio de 2005. Sobre la percepción de Washington de la amenaza procedente de Venezuela, véase Jane Bussey, "Washington and Venezuela Trade Barbs Over Bolivia at OAS conference in Fort Lauderdale", *The Miami Herald*, 7 de junio de 2005 (<http://www.miami.com/mld/miamiherald/11836342.htm>).

rorismo estadounidense. Para sorpresa y consternación de los críticos de Washington, la notable falta de imaginación del gobierno al adoptar una respuesta militar convencional, si bien inicialmente aplastante, al 11 de septiembre fue secundada con entusiasmo por una ciudadanía ávida de venganza y dispuesta a transformar la amenaza singular del terrorismo en paradigmas cómodamente familiares.

Sin embargo, la elección de la expresión “guerra” contra el terrorismo fue poco afortunada, porque se sobreentendía que acompañaba implícitamente a “terrorismo” el adjetivo “islámico”. Con su alusión a una cruzada contra el islam, la expresión alimenta la propaganda de unos extremistas musulmanes que ya estaban convencidos de que están en guerra con el Occidente infiel. También es inexacta y engañosa porque las guerras tienen reglas propias, y un comienzo y un final. Si estamos de acuerdo en que el terrorismo es un medio para un fin, no se puede declarar la guerra contra un medio. Pero la Administración ve al terrorismo como una fuerza en sí misma, personificada por el terrorista. El documento sobre la Estrategia de Seguridad Nacional de 2002 declaraba que “el enemigo no es un solo régimen político ni persona ni religión ni ideología [...] el enemigo es el terrorismo [...] la violencia de motivación política perpetrada contra inocentes.”<sup>15</sup> Pero lo que se combate en los campos de batalla de Irak y Afganistán es una guerra de ideas: una guerra que posiblemente Estados Unidos está perdiendo. El resultado hasta el momento es que Estados Unidos ha demostrado ser muy bueno para combatir a los terroristas y a veces para matarlos, pero no para erradicar el terrorismo. En una reciente vista celebrada en el Congreso sobre una estrategia de salida en Irak, el general retirado Joseph Hoar, que dirigió el Mando Central estadounidense desde 1991 hasta 1994, declaró: “El éxito, tal como lo definieron nuestros líderes civiles hace tres años, está fuera de nuestro alcance. Toda esta campaña contra los rebeldes, toda esta guerra civil en ciernes, tiene que ver con política, ideas y religión. No se puede ganar matando iraquíes. Si eso fuera

posible, puede que los más de 25.000 iraquíes que ya han muerto hayan sido suficientes.”<sup>16</sup> El reciente fomento por parte de la Administración Bush de la democratización en Oriente Medio no disminuye la primacía que se sigue dando a una confrontación militar con un enemigo violento y sin rostro.

Si el concepto de guerra se contradice con la realidad del terrorismo y la respuesta lógica al mismo, la metáfora de la guerra sirve a la perfección a los objetivos de la política nacional y exterior de Washington. La mera expresión de una guerra declarada indica una respuesta dura y total: una imagen de resolución que el Gobierno ha logrado proyectar y explotar desde septiembre de 2001. La guerra responde al mensaje sanguinario del terrorismo con su propia propaganda sanguinaria: una tosca justicia militar que es la propia versión de Estados Unidos de la violencia redentora (que tiene sus raíces históricas en el concepto estadounidense de Destino Manifiesto del siglo XIX). La guerra muestra una especie de triunfalismo, la idea contundente de que se puede ganar completa y definitivamente una campaña contra el terrorismo. La expresión ha contribuido a seducir a la opinión pública para que apoye una campaña militar en Irak destinada a cambiar un régimen relacionado —falsamente, como sabe ahora el mundo— con el terrorismo y las armas de destrucción masiva. Estados Unidos capturó con facilidad Bagdad, la capital de Irak, so pretexto del antiterrorismo, del mismo modo que los aliados tomaron Berlín en 1945 para derrotar al fascismo. Pero a diferencia de la victoria aliada en la II Guerra Mundial, la caída de Bagdad y la ocupación militar de Irak no han infligido ningún golpe al terrorismo; ni siquiera han creado la seguridad necesaria para un nuevo gobierno en Irak. La trágica realidad que muestran los medios casi a diario es que la guerra en Irak ha catalizado la violencia terrorista en ese país de forma inconcebible.

La razón de la gran dependencia del Pentágono para luchar contra los terroristas es en parte ideológica. La política exterior estadounidense con George W. Bush está en manos de un sector políti-

<sup>15</sup> Reproducido por *The New York Times* el 20 de septiembre de 2002.

<sup>16</sup> Hoar pidió que un enviado internacional de alto nivel reforzase el frágil proceso político iraquí. Citado por Ari Berman, “Prelude to an Exit Strategy”, *The Nation Online* (<http://www.thenation.com/doc/20051003/berman>). Publicado el 16 de septiembre de 2005.

## El énfasis que da Estados Unidos a una respuesta de las Fuerzas Armadas estadounidenses deriva de la suposición original de que el terrorismo debe de estar vinculado a gobiernos que pueden ser sometidos a la presión militar

---

co que tiene como lema desde la Guerra Fría: “la paz mediante la fuerza”. La piedra angular del pensamiento neoconservador es, desde hace más de una década, una poderosa proyección militar en defensa de objetivos hegemónicos. Se han vendido el control militar y el derecho a establecer bases como la forma más eficaz de promover la seguridad y los intereses económicos de Estados Unidos. La invasión y la ocupación militar de Irak eran también claves para el plan neoconservador de reconfigurar Oriente Medio en función de los intereses de Estados Unidos y de su aliado en la región, Israel.

El ejército es considerado la mejor baza del país. No importa lo poderosa que sea la economía, el poderío militar de Estados Unidos es varias veces superior al de sus competidores más cercanos. Pero también hay grandes presiones de lo que Dwight D. Eisenhower denominó en 1961 “complejo militar-industrial”, que obtiene excelentes beneficios del aumento de los gastos militares para la guerra, las maniobras militares y los acuerdos sobre bases. También hay presiones políticas de los halcones republicanos, y no es extraño que ambos sectores coincidan. Por citar sólo un ejemplo destacado, el vicepresidente Dick Cheney, halcón republicano, es ex presidente del consejo de Administración de Halliburton Co., una empresa relacionada con la defensa que está cosechando miles de millones de dólares en contratos sin oferta en Irak. Esta “puerta giratoria” entre el gobierno y el sector privado, en el que altos cargos se mueven a la perfección entre sillones en el Pentágono y puestos de ejecutivo en el negocio de las adquisiciones militares, refuerza la importancia del ejército en la política exterior.<sup>17</sup>

El énfasis que da Estados Unidos a una respuesta de las Fuerzas Armadas estadounidenses también deriva de la suposición original, y persistente entre altos cargos de la Administración Bush, de que el terrorismo debe de estar vinculado en última instancia a gobiernos que pueden ser sometidos a la presión militar. Según esta forma de pensar, los verdaderos enemigos son los países que apoyan o albergan a grupos terroristas; ni siquiera la red sin Estado de Al Qaeda podría existir presuntamente sin el apoyo de unos regímenes políticos y de sus poblaciones. La visión de Estados Unidos es un vestigio anacrónico de la Guerra Fría, y fue en parte responsable de las meteduras de pata y omisiones políticas que aumentaron la vulnerabilidad de Estados Unidos ante los atentados del 11 de septiembre, y del apoyo popular de una guerra de elección contra Irak. En la medida en que sí hay Estados que están vinculados al terrorismo y de que es válido convertirlos en objetivo de represalias militares, el terreno conceptual se ve enturbiado por la circunstancia de que entre estos regímenes hay aliados como Arabia Saudí y Pakistán.

La guerra contra el terror declarada en 2001 provocó un cambio radical en los recortes que había sufrido el presupuesto del Pentágono en los años noventa y un repentino aumento de los gastos, que alcanzaron niveles sin precedentes. Estos gastos se desvían a operaciones militares y al anti-terrorismo; la ayuda económica exterior —en comparación con otros países desarrollados— escasea para países pobres cuya desgracia es no estar combatiendo el terrorismo. El actual presupuesto militar de 450.000 millones de dólares es diez veces superior al del país que ocupa el segundo puesto,

---

<sup>17</sup> Véase, por ejemplo, Griff Witte, “Halliburton Contract Critic Loses Her Job”, *The Washington Post*, 29 de agosto de 2005, p. A-11. La respuesta militar de Estados Unidos también encaja con el programa del Pentágono dirigido por Rumsfeld para aumentar su parte del presupuesto.



Gran Bretaña, y mayor que el de los veintidós países siguientes juntos. Una gran parte de los fondos se dedican a crear y mantener una enorme red global de bases militares y de inteligencia, más de siete mil en total. Está previsto que Irak albergue hasta dieciséis bases estadounidenses permanentes —lo que el Pentágono llama pintorescamente “campamentos duraderos”— para permitir que el ejército estadounidense recupere su presencia en Arabia Saudí.<sup>18</sup>

Los daños colaterales del unilateralismo militar de Washington y su diplomacia prepotente se reflejan en una difusión histórica del antiamericanismo en todo el mundo y un aumento perceptible del antagonismo que muestran hacia Estados Unidos líderes extranjeros y medios de comunicación de masas internacionales. Los daños para la cooperación internacional han tenido sin duda un efecto negativo en los esfuerzos de la Administración para erradicar el terrorismo; el coste real para Estados Unidos en sangre y recursos aún está por calcular.

### ***Una crítica al énfasis militar de Estados Unidos en la guerra global contra el terror***

Aunque el despliegue de miles de soldados y de una fuerza aérea de alta tecnología para realizar una campaña de “conmoción y terror” transmite un mensaje espectacular e intimidatorio a los malhechores de todas partes, los expertos en antiterrorismo de Estados Unidos y otros países hacen hincapié una y otra vez en la labor policial lenta y rutinaria, las medidas de seguridad y la vigilancia a nivel nacional para la prevención del terrorismo. El Congreso, aunque dio al presidente luz verde para la guerra contra Sadam Husein en 2002, no ha apoyado el énfasis de la Administración sobre un enfoque militar. Hay que notar que entre las recomendaciones de la Comisión bipartidista sobre el 11-S del año pasado y los debates en el Congreso

sobre lo que se podría haber hecho para prevenir los atentados, las conclusiones giraron en torno a qué información o tratamiento de la información podría haber sido significativa, y no a qué acción militar podía haber realizado Estados Unidos que hubiera eliminado o reducido la amenaza.

Cabe señalar que en la Cumbre sobre Terrorismo celebrada en Madrid en marzo de 2005, los expertos que estudian este fenómeno y los funcionarios que intervienen en el antiterrorismo solo mencionaron el pilar central de la respuesta de Estados Unidos al terrorismo —la guerra, especialmente la guerra preventiva— para criticarlo. Además, no se mencionó la necesidad de emprender acciones militares como los ataques selectivos contra Estados que podrían tener lazos con grupos terroristas ni la represalia militar unilateral, como medida fundamental para la prevención de atentados terroristas. Esto no quiere decir que los participantes no dieran importancia a la respuesta militar en algunas circunstancias, pero nadie propugnó la idea que promueve la Administración Bush —ni siquiera como punto de debate— de que las guerras preventivas de elección, o la guerra y la actual ocupación militar de Irak, son respuestas adecuadas al terrorismo. Por el contrario, los expertos hablaron de servicios de información, labor policial, cooperación internacional y de la comprensión de factores subyacentes que contribuyen al terrorismo como la pobreza, la fragmentación política y social, e indicadores psicológicos y psicoculturales. La guerra de Irak, como ejemplo principal de la respuesta de Estados Unidos al terrorismo y a los atentados del 11-S, nunca se defendió ni se mencionó en el contexto de la prevención del terrorismo, y los intercambios representaron una refutación implícita del enfoque de Washington hacia el terrorismo.<sup>19</sup>

Como decían a veces los historiadores sobre los Borbones en la España del siglo XVIII, parece que la Administración Bush no ha aprendido nada ni ha olvidado nada. Su enfoque hacia el antiterrorismo parte de los supuestos de la Guerra Fría de un

<sup>18</sup> Robert Matthews, “The Military and Militarism in US Foreign Policy”, *Agenda Latinoamericana*, Panamá: 2004 y “Agendas en conflicto: Las relaciones entre los Estados Unidos y América Latina en el Periodo Bush, 2001-2003”, en *Pulso de América Latina*, Zaragoza (España): Fundación Seminario de Investigación para la Paz, Gobierno de Aragón, Dpto. de Educación y Cultura y Deporte, 2004, pp. 366-70.

<sup>19</sup> Washington sigue librando una guerra en Irak alegando que está llevando los combates a los terroristas, para que éstos “no nos ataquen en casa”. Robert Matthews, “Algunas reflexiones en torno a la Cumbre de Madrid sobre Terrorismo y Democracia”, marzo de 2005, en la página web de CIP-FUHEM: [cipresearch.fuhem.es](http://cipresearch.fuhem.es) (International Security).

retablo congelado de enemigos conjurados para destruir Occidente, de contraestrategias basadas en la confrontación militar y defendidas con patriotería; enfoques que aparentemente funcionan con piloto automático desde los años ochenta. Lo que es seguro es que los responsables de la política exterior de Bush rechazan los preceptos de la Doctrina Reagan de combatir militarmente lo que perciben como el enemigo con ejércitos por delegación y grupos paramilitares, y prefieren las aventuras militares directas a gran escala de las fuerzas estadounidenses. No obstante, han adoptado el principio central de esa doctrina: la primacía que da a la “reducción” de regímenes indeseables, y rechazan enérgicamente la aceptación de la contención del *status quo* internacional. Al descartar la cautela de Reagan en el despliegue de tropas estadounidenses, la Administración Bush ha elaborado una nueva doctrina de seguridad basada en la justificación radical de la guerra preventiva contra una amenaza hipotética; una guerra que, en caso necesario, debe decidirse y librarse unilateralmente.<sup>20</sup>

La voluntad de derrocar gobiernos malos sin mucha vacilación sigue el mismo patrón que la belicosidad internacional de la Administración, su calculada proyección de una resolución férrea, su intolerancia hacia los disidentes y sus exhortaciones a apoyar medidas antiterroristas duras tanto en el interior como en el exterior. Pero el discurso de Washington sobre la cuestión ha degenerado a menudo en una labia agresiva que propugna que las decisiones se tomen en secreto, reforzado por tendencias reduccionistas sobre la seguridad nacional que se remontan a la Guerra Fría. A medida que se desvanecen los argumentos de la Administración a favor de su campaña militar en Irak, despojados de pruebas y de lógica, su discurso parece cada vez más una tosca jerga, en el mejor de los casos y, en el peor, pura sofistería sin escrúpulos: “Luchamos contra ellos ahí para no tener que luchar contra ellos aquí... debemos quedarnos hasta el final porque tenemos que honrar y reivindicar a quienes han caído hasta ahora en esta guerra”. Ninguna de estas dos opiniones son nuevas. La primera se expresó memorablemente durante la era Reagan, cuando la Administración

justificaba la guerra contra el gobierno sandinista de Nicaragua con la protección de Harlingen, Texas, a sólo dos horas de vuelo de Nicaragua. En la guerra de Vietnam salieron ambas a relucir, cuando el *lobby* que apoyaba la guerra advertía estridentemente: “Si no les detenemos en Vietnam del Sur, [el Vietcong] desfilará por la Avenida Pennsylvania”. Johnson preguntaba: “¿Cómo podemos decirles a las madres de los 10.000 muertos en Vietnam que todo fue un error?”. Y más adelante, cuánto más difícil reconocer que 20.000 personas habían muerto en vano, y así sucesivamente.

### **La exclusión de los derechos humanos en la guerra global contra el terror**

La Administración Bush dice que hay que defender los intereses de Estados Unidos en todas partes, sin reparos, y cuando sea necesario, solos; postura que los funcionarios alegan, de forma un tanto falsa, que beneficia al mundo. Este enfoque incluye la subordinación de los conceptos tradicionales de seguridad colectiva y Derecho Internacional al derecho de Estados Unidos a la acción unilateral. Esto ha desembocado también en un desdén manifiesto hacia el Derecho Internacional y otras convenciones sobre el trato de los presos, la consiguiente militarización del sistema de justicia civil y una nueva forma de pensar fuera de los parámetros legales. Después de septiembre de 2001, Estados Unidos niega a los prisioneros capturados en la guerra contra el terrorismo —sea en el propio país o en otros, como Irak y Afganistán— derechos fundamentales, como el *habeas corpus*. Los prisioneros militares en Guantánamo siguen recluidos indefinidamente y sin cargos, muchos sufriendo graves abusos que han salido a la luz, todo lo cual contribuye a la imagen de un gulag estilo estadounidense. Lo más grave es que los malos tratos infligidos a presos por el ejército estadounidense entran en la categoría, definida internacionalmente, de tortura, y se han convertido en un escándalo. La práctica de “subcontratar” los abusos contra los derechos humanos, mediante el traslado de presuntos terroristas a países que no tienen escri-

<sup>20</sup> Robert Matthews, “La doctrina Bush: proyección del poder de Estados Unidos, palabra y hecho”, *Anuario CIP 2003: Tiempos difíciles: guerra y poder en el sistema internacional*, CIP-FUHEM, Icaria, Barcelona 2003, pp. 45-70.

## Tanto el terrorismo como la respuesta encabezada por Estados Unidos están contribuyendo a la actual marginación de los derechos humanos en el mundo

pulos para usar la tortura y bautizar el programa con el eufemismo burocrático de “entrega extraordinaria”, es especialmente hipócrita y vergonzosa.

El artículo 93 del Código Unificado de Justicia Militar prohíbe los malos tratos a los detenidos. Sin embargo, a finales de septiembre de 2005, Human Rights Watch denunció cómo las tropas estadounidenses sometieron rutinariamente a los detenidos iraquíes a brutales palizas y otras torturas en una base situada en el centro de Irak desde 2003 hasta 2004; al mismo tiempo que se realizaban las investigaciones sobre tortura en la prisión de Bagdad de Abu Graib. Los abusos se infligieron a veces sólo como una distracción para aliviar las frustraciones o el aburrimiento. Aunque la Administración Bush sigue afirmando que no hay ningún alto mando militar ni civil implicado en los abusos, el informe de HRW sostiene que muchas veces los soldados obedecían órdenes o actuaban con la aprobación y el conocimiento de sus superiores. La orden ejecutiva de Bush de 2002 determinó que los talibán –y, por extensión, los terroristas en general– no serían considerados combatientes en aplicación de los Convenios de Ginebra y que, de hecho, se podía hacer caso omiso de los convenios. Recientemente algunos soldados han declarado que esto complicó sus obligaciones en virtud de las normas del ejército estadounidense y sirvió de licencia para ignorar el Derecho Internacional en el trato de los presos.

El gobierno, sin embargo, defiende estas prácticas como necesarias para obtener información crucial, y algunos intelectuales comprensivos, como Michael Ignatieff, desarrollan argumentos tendenciosos que lo justifican. Se recordará que Alberto González, entonces abogado de la Casa

Blanca encargado de redactar justificaciones legales para el trato de los detenidos, se refirió a las restricciones del Convenio de Ginebra sobre la tortura y el maltrato de prisioneros como “pintorescas”. Es evidente que tanto el terrorismo como la respuesta encabezada por Estados Unidos están contribuyendo a la actual marginación de los derechos humanos en el mundo. También es muy probable que los abusos que comete Estados Unidos contra los derechos humanos estén difundiendo el antiamericanismo, contribuyendo a captar terroristas y aumentando las posibilidades de que la violencia terrorista caiga sobre Estados Unidos y sobre quienes consideran sus aliados. Por último, el desprecio de Estados Unidos hacia los derechos humanos está debilitando la autoridad moral de este país para propugnar la democracia en la región, un objetivo principal de la política antiterrorista estadounidense (véase *infra*, pp. 23-26).<sup>21</sup>

### *Perspectivas europeas*

Para Europa, el concepto de guerra total contra el terrorismo implica una respuesta más matizada y multicolor. Salvo en que resta énfasis sobre los militares, se mantienen las definiciones anteriores de guerra total. Hasta 2001, Europa tendía a considerar el terrorismo sobre todo como una amenaza interna vinculada a grupos nacionales (IRA y ETA) y a sus propias poblaciones musulmanas; para Estados Unidos es más un fenómeno internacional. Los gobiernos de Europa Occidental hacen más hincapié en analizar las causas del terrorismo que Estados Unidos, donde existe la tendencia a consi-

<sup>21</sup> Michael Ignatieff, “Who Are Americans to Think That Freedom Is Theirs to Spread?”, *The New York Times Magazine*, 26 de junio de 2005; también Mariano Aguirre, “Exporting Democracy, Revising Torture: The Complex Mission of Michael Ignatieff,” *OpenDemocracy* [www.opendemocracy.net], 15 de julio de 2005, y “¿Apoya EEUU los derechos humanos?”, *La Vanguardia*, 11 de junio de 2005; y Robert Matthews, carta al director de respuesta, *La Vanguardia*, 16 de junio de 2005.

## En Europa hay coincidencia general en que un antiterrorismo eficaz no incluye un cheque en blanco para abandonar el Derecho Internacional o las convenciones aceptadas que protegen los derechos humanos

---

derar cualquier mención de las causas una justificación o legitimación de tal fenómeno. Los europeos creen en los beneficios de la diplomacia, los incentivos económicos, el cambio político pacífico y las campañas de concienciación. Hay coincidencia general en que un antiterrorismo eficaz no incluye un cheque en blanco para abandonar el Derecho Internacional o las convenciones aceptadas que protegen los derechos humanos. La inmensa mayoría de los europeos se opone a la tortura y apoya leyes contra el traslado de sospechosos a países que practican la tortura, como está haciendo actualmente Estados Unidos.

Los gobiernos y los expertos antiterroristas de Europa suelen pensar más en soluciones a largo plazo que aborden factores estructurales negativos. Líderes como el presidente español José Luis Rodríguez Zapatero subrayan que la pobreza, la privación de derechos políticos y la desesperación social deben entenderse como factores que contribuyen a largo plazo al surgimiento de la actividad terrorista moderna. En términos generales, le secunda en este parecer el secretario general de la ONU, Kofi Annan. Los europeos consideran que hace falta estudiar seriamente por qué existen grupos como Al Qaeda para comprender las formas de reducir su atractivo para los musulmanes jóvenes y su capacidad para reclutar a tantos de ellos. Mientras que el impulso de Washington es meterse resueltamente en la ciénaga para matar terroristas, los europeos hablan de la necesidad de desecar ésta. En Europa la gente está dispuesta a reflexionar seriamente sobre los factores socioeconómicos, la percepción de las injusticias que cometen los Gobiernos de Oriente Medio (y sus aliados occidentales) o las sociedades europeas, y a com-

prender motivaciones religiosas. En Europa se da cierta importancia a la creencia musulmana de que el islam está sufriendo un ataque de Occidente, directamente por medio de las Fuerzas Armadas estadounidenses, e indirectamente a través de las políticas exteriores occidentales, aunque en especial la estadounidense. En cambio, para la derecha republicana y la Administración Bush, estudiar las causas equivale a mimar a unos asesinos de masas. Y el enfoque sobre la motivación religiosa se limita a presionar a los países musulmanes para que adopten medidas enérgicas contra sus madrasas, si bien de forma notablemente infructuosa en Arabia Saudí y Pakistán.

Aunque Europa y Estados Unidos no abordan el problema del terrorismo exactamente de la misma forma, hay áreas de convergencia en determinados países europeos. Por ejemplo, en la polémica de la seguridad frente a las libertades civiles, el Gobierno de Tony Blair ha propuesto recientemente unas leyes que siguen más la línea estadounidense de que lo primero es la seguridad. El Ejecutivo británico de Tony Blair —aunque no sea el pensamiento dominante en el Reino Unido— comparte en general las posturas de Estados Unidos. Después de los atentados terroristas del 7 de julio de 2005 en Londres, Blair, haciéndose eco de Bush (“odian nuestras libertades”), declaró que “los terroristas atacan a Occidente porque es democrático y libre [...] Nunca lograrán destruir lo que tenemos en tan alta estima”. Este comentario niega la existencia de motivos de queja reales, subrayando que Occidente se enfrenta sin más a “una ideología del mal [...] no a un choque de civilizaciones”.<sup>22</sup> También atribuyó los atentados de Londres a personas que “actúan en nombre del

---

<sup>22</sup> Alan Cowell, “Blair Says ‘Evil Ideology’ Must Be Faced Directly”, *The New York Times*, 17 de julio de 2005, p. A8. Robert Fisk, en *The Independent* de Londres, cita a un amigo iraquí que se pregunta: “¿Cuál es esa ‘ideología del mal’ de la que no para de hablar Blair?” (“Sometimes I Wonder If There Will Be A Moment When Reality And Myth, Truth And Lies, Will Collide”, 20 de agosto de 2005).

islam”. Aunque se apresuró a añadir que la inmensa mayoría de los musulmanes de Gran Bretaña y otros lugares son “buenas personas y respetuosos con la ley”, lo único que se consigue atribuyendo una motivación religiosa es que los no musulmanes se pregunten qué tiene el islam que justifique estos actos. Los líderes religiosos musulmanes de Gran Bretaña desmintieron unánimemente toda relación entre el islam y la violencia terrorista.

La actitud de Blair coincide con la que adoptó la Administración Bush después del 11-S, cuando muchos funcionarios y comentaristas desdeñaban a cualquier estadounidense que hablaba de comprender las circunstancias que motivaron a los terroristas, considerando sus observaciones poco menos que una traición. Luego, a finales de julio, después de los atentados de Londres, Condoleezza Rice reforzó la idea de la Administración Bush de que se podía ignorar la relación causa-efecto, al negar que la política exterior de Estados Unidos tuviera nada que ver con el terrorismo y dando a entender que no teníamos nada sobre lo que reflexionar en cuanto a nuestros objetivos internacionales. Debemos “dejar de buscar excusas para el terrorismo —declaró—, nosotros no les obligamos a hacerlo, no estábamos en Irak ni en Afganistán el 11-S.”<sup>23</sup> Sin embargo, omitió decir que estábamos haciendo en Oriente Medio otras cosas que Bin Laden había señalado como las razones del ataque.

Al igual que Bush, Blair sostiene que “es una lucha global y es una batalla de ideas, corazones y mentes, tanto dentro del islam como fuera de él”, sin decir cómo explica esto su entusiasmo por una guerra antiterrorista contra Irak como primer recurso. Lo explicó con más detalle después del 7 de julio: “Esta es una batalla que debemos ganar, una batalla no sólo sobre los métodos terroristas, sino sobre sus puntos de vista. No sólo sobre la barbarie de sus actos, sino sobre la barbarie de sus ideas. No sólo sobre lo que hacen, sino sobre lo que piensan y las ideas que impondrían a los demás [...] Su causa no se basa en una injusticia [...] se basa en una creencia, cuyo fanatismo es tal que no se puede moderar. No se puede remediar. Hay que enfrentarse a ella.”<sup>24</sup> Así pues, la postura de Bush y Blair sobre el terrorismo se aleja del punto de

vista europeo más habitual y evita toda responsabilidad de comprender la sensación de asedio y frustración que tienen los musulmanes debido a las políticas exteriores occidentales, la guerra en Irak, la cuestión Israel-Palestina, la alienación social dentro de las comunidades de inmigrantes en Europa, y la sensación general de que el islam sufre el asedio de Occidente.

### *La politización del antiterrorismo*

Del mismo modo que el terrorismo puede ser política con otros medios —especialmente sanguinarios—, el antiterrorismo puede ser también política con otros medios. Inmediatamente después de los atentados de 2001, el doble objetivo de mejorar el aparato militar y de seguridad nacional, por una parte, y garantizar las fortunas políticas del Partido Republicano, por otra, convergieron a la perfección para después reforzarse entre sí. Los republicanos eran muy conscientes de las ventajas políticas de una postura de dureza contra el terrorismo para un partido conocido por su fuerza en defensa y preparación militar. Por tanto, aunque la Administración parecía obsesionada con las cuestiones del terrorismo y la seguridad nacional, esa actitud no era un mero reflejo de un compromiso duradero con la protección de los ciudadanos estadounidenses. Los cálculos políticos nunca estuvieron muy lejos de la retórica del gobierno sobre los peligros nacionales del terrorismo y la enérgica respuesta necesaria para combatirlo.

Debilitando cínicamente, aunque con destreza, el antiterrorismo, mejor incluso que como la Administración Reagan había explotado el anticomunismo, para mejorar el atractivo electoral del Partido Republicano, la Casa Blanca se propuso convencer a la opinión pública estadounidense de que los republicanos eran la mejor opción para garantizar que “usted, su familia y el país están más seguros con nosotros”. Con la emisión por radio y televisión de alertas con códigos de colores sobre el terrorismo y el tema del posible peligro nacional convertido en parte integrante del discurso de políticos y medios de comunicación, el

<sup>23</sup> The Jim Lehrer Newshour, Public Broadcasting System, 28 de julio de 2005.

<sup>24</sup> Alan Cowell, “Blair Says ‘Evil Ideology’ Must Be Faced Directly”, *The New York Times*, 17 de julio de 2005, p. A8.



Gobierno orquestó con maestría una “política del pavor”. Esta explotación de la aprensión de la ciudadanía era a veces tan evidente que casi parecía como si los republicanos le hubieran dado la vuelta al tranquilizador consejo formulado por Franklin D. Roosevelt en mitad de la Gran Depresión y del pánico financiero de 1933 de que “lo único a lo que hemos de tener miedo es al propio miedo” para convertirlo en “lo único a lo que hemos de tener miedo es a la *ausencia* de miedo”.

So pretexto de la seguridad nacional, la Administración Bush actuó con rapidez para promulgar nuevas medidas de seguridad a expensas de las libertades civiles. La Ley Patriótica redefinió los derechos a la privacidad, confirió a diversas agencias, incluido el FBI, nuevas facultades de vigilancia, y creó una amplia categoría de disidencia como subversión. En general, el Gobierno lanzó un ataque contra muchas de las disposiciones contenidas en la Carta de Derechos de la Constitución. Definió el terrorismo nacional de forma tan amplia que se podría usar para reprimir protestas legítimas y facultar a las autoridades para someter a vigilancia a oponentes políticos. La Administración declaró su autoridad para encarcelar a ciudadanos indefinidamente, sin abogado y sin juicio, si los considera “combatientes enemigos”. Se confirió al Departamento para la Seguridad de la Patria categoría de gabinete ministerial y amplias facultades para usar datos informáticos con el fin de espiar a los ciudadanos y ocultar información actualmente a disposición de la prensa y de los ciudadanos en virtud de la Ley sobre Libertad de Acceso a la Información. La ley de 2001 amplió las facultades del Gobierno en materias como la vigilancia electrónica, las órdenes de registro y las detenciones.<sup>25</sup>

Al menos durante los tres primeros años, el Gobierno intimidó constantemente a sus críticos en el interior al igual que a sus detractores en el extranjero, actuando con un secretismo sin prece-

denes y ocultando información que debía a los ciudadanos. En este entorno político la Casa Blanca logró reforzar su base derechista religiosa y laica promoviendo con éxito un programa y una agenda de nombramientos federales radicalmente conservadores. Al parecer, poco después de los atentados del 11-S, refiriéndose a su programa nacional, en aquel momento estancado, Bush se regodeó ante el director del presupuesto, Mitch Daniels, diciendo: “Qué suerte tengo, me ha tocado la lotería”.<sup>26</sup> El programa derechista de Bush también proporcionó varios beneficios a una gran diversidad de empresas —muchas de las cuales tienen fuertes lazos con el gobierno o con miembros de la Administración Bush— en cuestiones como las demandas sindicales, los impuestos de sociedades, las normas medioambientales y otros conflictos que afectaban a la rentabilidad. En la política exterior, fue clave para que la Administración lograra convencer al país de que apoyara una guerra de elección en Irak basándose en datos incompletos, inexactos y distorsionados.

Para ser justos, los republicanos jugaron esta carta con una considerable ayuda de los demócratas, que no desarrollaron una crítica convincente ni mantuvieron con firmeza sus propios principios. El resultado fue un avance extraordinario de los republicanos en las elecciones al Congreso de 2002, teniendo en cuenta las mayorías dominantes del partido tanto en la Cámara de Representantes como en el Senado, y una sólida victoria en las elecciones presidenciales de 2004. Su verdadero éxito está en el hecho de que lograron hacer que la gente olvidase —o al menos que no tuviera en cuenta— los fracasos de la Administración en política exterior y en la guerra global contra el terrorismo declarada.

Agitando la “camisa ensangrentada” del 11-S, los republicanos siguen atacando implacablemente a los demócratas, a los que califican de partido de la conciliación y la debilidad. Seis meses después

---

<sup>25</sup> El Comité de Abogados por los Derechos Humanos manifestó en un informe de 2003, titulado “Imbalance of Powers: How Changes to US Law and Policy Since 9/11 Erode Human Rights and Civil Liberties”, marzo de 2003: “Un manto de secreto sigue envolviendo al ejecutivo, en gran medida con la aquiescencia del Congreso y de los tribunales. [Esto] hace imposible una supervisión efectiva, lo que afecta al sistema constitucional de controles y equilibrios.” Citado en Nat Hentoff, “Vanishing Liberties. Where’s the Press?”, *The Village Voice*, 11 de abril de 2003. Véase también “Bush: A Civil Liberties Scorecard”, ACLU 2002; y el comunicado de prensa de Save Our Civil Liberties, “Documents Obtained by ACLU Expose FBI and Police Targeting of Political Groups”, 20 de mayo de 2005 (<http://www.aclu.org/SafeandFree/SafeandFree>); y el reciente libro de Marcus Raskin y A. Carl LeVan, en el que se documenta cómo el secretismo, una burocracia que no rinde cuentas y el autoritarismo del ejecutivo se acentuaron después del 11-S, debilitando la democracia estadounidense: *In Democracy’s Shadow*, Nueva York: Nation Books, 2005.

<sup>26</sup> Brad Carlton, “How Bush Hit the Trifecta on 9/11 and the Public Lost Big-Time”, *The Baltimore Chronicle and Sentinel*, 2 de junio de 2003 ([www.baltimorechronicle.com/trifecta\\_jun02.shtml](http://www.baltimorechronicle.com/trifecta_jun02.shtml)).

de la decisiva reelección de Bush, su asesor político jefe, Karl Rove, declaró que los conservadores reaccionaron ante el 11 de septiembre con el deseo de “desatar el poderío y la fuerza” del ejército contra los talibán en Afganistán, mientras que los liberales pidieron que se presentasen peticiones. Citó una petición respaldada por el movimiento progresista en internet, MoveOn.org, que solicitaba “moderación y contención” en la respuesta a los atentados. “No sé ustedes, pero moderación y contención no es lo que yo sentí cuando ví derrumbarse las Torres Gemelas, un ala del Pentágono destruida y a casi 3.000 conciudadanos perecer entre llamas y escombros —dijo Rove—. Moderación y contención no es lo que sentí; y no era moderación y contención lo que eso exigía. Era el momento de aunar nuestra voluntad nacional y blandir el acero. ”

Rove escogió al senador demócrata liberal Richard Durbin de Illinois, al gobernador Howard Dean, candidato en 2004 para la nominación demócrata y actual presidente del Comité Nacional Demócrata, así como al cineasta Michael Moore como blancos de su desprecio: “Puede que ellos no estén de acuerdo con este [planteamiento republicano de amenaza militar], pero el pueblo americano sí lo está.” Naturalmente, con lo que Durbin, Dean y Moore no estaban de acuerdo era con atacar un país, Irak, que no tenía nada que ver con el 11-S. Pero parece que la Administración considera, igual que el nazi Goebbels, que si el régimen puede insinuar una relación entre Irak y el 11-S las suficientes veces, subliminalmente se convertirá en una verdad para la opinión pública. Y de hecho, un sorprendente 35% de los estadounidenses sigue creyendo que esa conexión existe.<sup>27</sup>

## La seguridad nacional

Hace algún tiempo que los críticos vienen citando las deficiencias del programa de seguridad nacio-

nal: la protección de trenes, subterráneos, el transporte público y los puertos son periódicamente objeto de censura. En 2004, Reuters reveló un “éxodo constante” de funcionarios del antiterrorismo, que concluían que Irak había puesto fin a un esfuerzo serio de antiterrorismo.<sup>28</sup> Pero hizo falta que se produjera la catástrofe del huracán Katrina, en septiembre de este año, para que quedaran de relieve las vulnerabilidades de Estados Unidos en el interior y se plantease la cuestión de si el programa de seguridad nacional de la Administración es más retórica política que una realidad. El peor desastre natural de la historia de Estados Unidos fue agravado por quizá el mayor fracaso del gobierno en la preparación y una respuesta oportuna y eficaz para reducir al mínimo la pérdida de vidas. Ya se han abierto investigaciones (confiemos en que sean más productivas que otras investigaciones recientes sobre conducta impropia y negligencia de la Administración Bush). Pero una cosa es evidente: la incesante insistencia del Gobierno en el peligro del terrorismo internacional había dejado al país deplorablemente desprevenido para un desastre natural como un huracán de categoría 4.

Con la Administración Bush, la Agencia Federal para la Gestión de Emergencias (FEMA) fue despojada de personal y recursos —“desmantelada sistemáticamente”, en las palabras de un veterano con veinticinco años de antigüedad en la agencia— a favor de partidas destinadas al antiterrorismo para el Departamento para la Seguridad de la Patria. Incluso en la FEMA, el 75% de cada dólar se destinaba a la preparación de un ataque terrorista; la preparación para desastres naturales apenas recibía atención. El envío de reservistas y de la guardia nacional (milicias estatales) a Irak, junto con la asombrosa incompetencia y el irresponsable amiguismo del gobierno federal, puso de relieve la vulnerabilidad de Estados Unidos en el interior; y abrió los ojos de muchos estadounidenses a las sesgadas prioridades de la Administración.<sup>29</sup> Con la

<sup>27</sup> Dan Balz, “Democrats Call for Rove To Apologize”, *The Washington Post*, 24 de junio de 2005, p. A-1.

<sup>28</sup> Véase Paul Krugman, “All the President’s Friends”, *The New York Times*, 12 de septiembre de 2005, p. A-21.

<sup>29</sup> The Jim Lehrer Newshour, Public Broadcasting System, 8 de septiembre de 2005. Hasta la emisora derechista Fox News empezó a criticar abiertamente los esfuerzos de la Administración; y Newt Gingrich, ex presidente de la Cámara de Representantes y un incondicional de la derecha republicana, declaró: “Como prueba del sistema de seguridad de la patria, fue un fracaso.” *The New York Times*, 3 de septiembre de 2005, p. A-14. El título de la columna de la columnista liberal Maureen Dowd en el *New York Times* del 3 de septiembre resumía el estado de ánimo de muchos habitantes de la zona del golfo del Mississippi y de toda la nación: “United States of Shame” (“Estados Unidos de la Vergüenza”, p. A-21).

baza política de la Administración, la seguridad nacional, considerablemente dañada por el agua tras los huracanes de la costa del golfo de México, hay muchas posibilidades de que el Ejecutivo sufra un revés político en las elecciones al Congreso de noviembre de 2006: una reacción negativa que Irak y la ineficaz guerra contra el terrorismo no han logrado causar aún.<sup>30</sup>

### **La geopolitización del antiterrorismo**

Después del 11 de septiembre de 2001, el terrorismo se convirtió en un principio organizador para la política exterior de Estados Unidos hasta el punto de que cabría hablar de la "geopolitización" estadounidense del antiterrorismo en el exterior. La guerra de Irak es el ejemplo más atroz. Al día siguiente de los atentados, Richard Clarke, zar del antiterrorismo con el presidente Clinton y también con George W. Bush, contó cómo el secretario de Defensa Donald Rumsfeld ya hablaba de atacar Irak porque "tenía mejores objetivos" que Afganistán. La tarde del día 12 se encontró en la Sala de Situación de la Casa Blanca con el presidente, que dijo: "Veamos si lo hizo Sadam. Veamos si hay alguna relación." Clarke afirmó enérgicamente que detrás de los atentados estaba Al Qaeda y que no había vínculos reales con Irak. El presidente le cortó: "Quiero conocer cualquier cosa por pequeña que sea... Investigue a Irak, a Sadam", y se marchó. Un ayudante se volvió a Clarke y le dijo: "es la influencia de [el subsecretario de Defensa y destacado intelectual neoconservador Paul] Wolfowitz."<sup>31</sup>

Vincular el gobierno de Sadam Husein al terrorismo y al 11-S permitió a los neoconservadores de dentro de la Administración o que la asesoraban poner a prueba su proyecto de remodelar Oriente Medio, empezando por el derrocamiento del régimen iraquí. De hecho, llevaban más de una década propagando la idea entre los funcionarios de Estados Unidos e Israel. La guerra de Irak es, por

tanto, la máxima expresión de la geopolitización del antiterrorismo por parte de los neoconservadores. Es la imagen más vívida del concepto que tiene Bush de la guerra global contra el terrorismo, en toda su distorsión militar. Irak representa hoy la culminación de los enfoques autoritarios y unilateralistas de la Administración Bush hacia la política exterior. La guerra que los neoconservadores esperaban ganar en tres semanas no sólo continúa dos años y medio después, sino que se está volviendo cada vez más destructiva en cuanto a vidas, infraestructura, recursos y, al final, para los propios objetivos políticos de Washington. En el otoño de 2004, el ex director de la Agencia Central de Inteligencia (CIA), George Tenet, que había contribuido a divulgar datos poco fiables sobre las armas de destrucción masiva de Sadam, reconoció que la guerra en Irak había sido un error. Con una planificación deficiente como principal factor, las cosas se habían deteriorado tanto que *The New York Times* informó en aquel entonces de que una unidad de la reserva del ejército de Estados Unidos se había negado a llevar un cargamento de combustible a Taji, al norte de Bagdad, porque los soldados lo consideraban una "misión suicida".<sup>32</sup>

La subordinación de la campaña contra el terror a consideraciones políticas y geopolíticas ha resultado ser extraordinariamente improductiva para alcanzar los objetivos de seguridad de Estados Unidos y perjudicial para los esfuerzos del mundo para contener el terrorismo. Con independencia de si era correcto o no invadir Irak en 2003, hay consenso en que la situación ahí es ahora peor para los iraquíes y para la seguridad nacional de Estados Unidos. Éste ha convertido un Estado policial en un Estado frágil en vías de transformarse en un Estado en desintegración. Lo increíble es que, después de dos años y medio, vemos en toda su crudeza que la mayoría de los actos terroristas se cometen en Irak. La guerra en ese país ha causado muchas más muertes y destrucción que el terrorismo independiente de Irak, y puesto que no había terrorismo dentro de este país antes de 2003, hay que con-

<sup>30</sup> Para los interesados en las secuelas políticas en el 2006, dos científicos sociales de Princeton, Christopher Achen y Larry Bartels, realizaron un interesante estudio que Louis Menand citó en la revista *The New Yorker* el 30 de agosto de 2004. "Calculan que '2,8 millones de personas votaron contra Al Gore en el 2000 porque sus estados estaban demasiado secos o demasiado húmedos' como consecuencia de los patrones climáticos de ese año [...] lo que le costó a Gore siete estados." (p. 94).

<sup>31</sup> Richard Clarke, *Against All Enemies. Inside America's War on Terror*, Free Press, Nueva York, 2004, pp. 30-32.

<sup>32</sup> Banerjee, Neela y Ariel Hart, "Inquiry Opens after Reservists Balk in Baghdad", *The New York Times*, 16 de octubre de 2004, p. A1.



## Hoy, todas las justificaciones públicas de George W. Bush para la guerra en Irak se han desvanecido

cluir que la guerra ha tenido un impacto importante en la violencia mundial y el aumento de la expansión geográfica del terrorismo.

Aunque la acción militar de Estados Unidos ha reducido la amenaza militar y terrorista directa de Al Qaeda, la mayoría de los expertos cree también que Al Qaeda ha crecido y se ha convertido en un movimiento político internacional vinculado a cuadros en Afganistán y Pakistán, además de en Europa, el Norte de África y Asia, sobre todo a través de internet. Sin embargo, las comunicaciones electrónicas mundiales y el uso de los medios de comunicación, junto con el ejemplo de la presencia de Al Qaeda en la insurgencia iraquí, han aumentado la capacidad de la organización para inspirar a los musulmanes y motivar a los adeptos. No obstante, algunos expertos consideran que es más probable que los grupos de la *yihad* de diferentes países se acerquen entre sí que a una organización lejana y más formal como Al Qaeda debido a una sensación común de persecución. Subrayan que estos movimientos perderían mucha fuerza si Estados Unidos cesase sus ataques contra poblaciones musulmanas. Son las políticas militares estadounidenses y sus vínculos con gobiernos aliados en Oriente Medio y el sur de Asia, más que la fuerza de Al Qaeda, lo que da el impulso fundamental al terrorismo islámico.<sup>33</sup>

En cuanto a la incidencia general del terrorismo desde que Estados Unidos declaró su guerra, Richard Clarke, ex zar del antiterrorismo estadounidense, anunció hace poco que hubo el doble de atentados terroristas en los tres primeros años transcurridos desde el 11-S que en los tres años anteriores. En 2004 se produjeron 651 "atentados

terroristas significativos", el triple que el año anterior y la cifra más elevada desde que el Departamento de Estado estadounidense comenzó a elaborar estas estadísticas, hace veinte años. De ellos, 198 se cometieron en Irak, nueve veces más que el año anterior; más de 5.000 personas han perdido la vida sólo en Bagdad desde abril.<sup>34</sup>

Cada vez más se vislumbra que Irak se convertirá en un desastre para la política exterior de Estados Unidos. Los neoconservadores que idearon el proyecto siguen aferrándose a sus argumentos geopolíticos menos divulgados sobre los que se basa la de otro modo inexplicable carrera hacia la guerra: usar Irak como plataforma para democratizar Irak y, con Irak como modelo, crear una reacción en cadena de democratización (y simpatía prooccidental) en la región. Hoy, todas las justificaciones públicas de George W. Bush para la guerra en Irak se han desvanecido: las armas de destrucción masiva, las conexiones entre Bagdad y Al Qaeda (y, por extensión, el 11 de septiembre), y la amenaza inminente del Gobierno de Sadam para la seguridad nacional de Estados Unidos. Pero aún no ha habido una auténtica rendición de cuentas de lo que, en el mejor de los casos, son errores de cálculo de la Administración y, en el peor, tortuosas falsedades y un esfuerzo consciente para engañar. En última instancia deberán ser juzgados no sólo por sus creencias, sino por la forma en que han llegado a ellas y cómo las presentaron ante el pueblo estadounidense.

Los cambiantes argumentos se han reducido ahora a que se ha liberado a los iraquíes de las cadenas de la tiranía y se ha puesto al país en el camino a la democracia. Sin embargo, la creciente

<sup>33</sup> Véanse, por ejemplo, los comentarios de Juan Cole, profesor de Historia de la Universidad de Michigan (véase también su weblog: "Informed Comment") y Nir Rosen, miembro de la Fundación Nueva América, en "Unintended Consequences: A Forum on Iraq and the Mid East", *The Nation*, 15 de agosto de 2005.

<sup>34</sup> Frank Rich, "Falluja Floods the Superdome", *The New York Times*, 4 de septiembre de 2005, IV, p. IV, 10.

## Uno de los objetivos de Al Qaeda era hacer añicos la imagen de Estados Unidos de superpotencia invencible, y ahora parece mucho más cerca de convertirse en realidad

---

violencia sectaria y el terrible número de víctimas —los atentados en Irak siguen causando una media de 800 muertes al mes—, junto con el estancamiento del proceso constitucional, ponen estas afirmaciones en duda. En cuanto al objetivo no declarado de restaurar la credibilidad dañada de Estados Unidos después del 11-S, la Administración Bush lo apostó todo por la invasión de un país que no tuvo nada que ver con el 11-S y, como era casi de esperar, perdió. La campaña de “conmoción y terror” para infundir el temor de la antigua religión de Bush en el enemigo se ha convertido en una estancada y sangrienta miasma. Uno de los objetivos principales de Al Qaeda era hacer añicos la imagen de Estados Unidos de superpotencia invencible, y ahora parece mucho más cerca de convertirse en realidad. Como escribió Mark Danner: “Cuatro años después de ver caer las torres, los estadounidenses no han logrado ‘librar al mundo del mal’. Hemos conseguido mostrarnos a nosotros mismos, a nuestros amigos y a la mayoría de nuestros enemigos los límites del poder estadounidense.”<sup>35</sup> Estados Unidos extrae más de dos millones de barriles de petróleo iraquí al día; el objetivo nunca mencionado de controlar una buena parte del petróleo de Oriente Medio es el único propósito que ha resistido a las realidades de los últimos tres años. Pero la producción de petróleo es de 300.000 barriles al día menos que antes de la invasión, y la energía eléctrica sigue siendo inferior a la que se producía antes de 2003. Por último, más del 50% de la población carece de empleo, la delincuencia y la corrupción están omnipresentes y la inmensa mayoría de los iraquíes dice ahora que se opone a la ocupación de Estados Unidos.<sup>36</sup>

La guerra en Irak, mal concebida e injustificada, ha tenido repercusiones negativas para la política

exterior estadounidense en la región y en otros lugares, incluida la pérdida de prestigio de Estados Unidos en todo el mundo musulmán. La obsesión con el falso peligro de Irak y el consiguiente drenaje de recursos y energías de Afganistán para librar la guerra en aquel país ha ido en detrimento de los esfuerzos antiterroristas de Estados Unidos. La Escuela Superior de Guerra estadounidense publicó un informe en 2003 que concluía que la guerra en Irak no sólo no está resolviendo el problema del terrorismo, sino que constituye un obstáculo para abordar efectivamente esa amenaza. Irán, que en 2001-2002 ayudaba a Estados Unidos en Afganistán y facilitaba información sobre Al Qaeda, ha puesto fin a esta colaboración. Con la desaparición de su enemigo en la región, Sadam, y con su archienemigo, Estados Unidos, empantanado en Irak, Irán ha adquirido más poder, y el objetivo de Washington de contener ambiciones de esa nación parece ahora casi inalcanzable.

Siria era una fuente importante de información sobre el terrorismo en la región, pero la CIA informó en 2003 de que sus fuentes se habían agotado después de la guerra en Irak y la consiguiente línea dura de la Administración hacia Damasco. Los belicistas del Gobierno subordinaron las medidas antiterroristas prácticas a su idea fija de un proyecto hegemónico en Oriente Medio con centro en Irak. La cuestión estalló en un conflicto burocrático y se convirtió en una seria manzana de la discordia entre los funcionarios del Departamento de Estado y la CIA, que consideraban que se estaba poniendo en peligro el antiterrorismo estadounidense, y los del Pentágono, centrados casi exclusivamente en Irak. Siria e Irán siguen siendo problemáticos para la política de Estados Unidos en la región; aumenta la violencia de los rebeldes en Irak y hay acusaciones de que ambos países están haciendo la vista gorda ante los combatientes extranjeros que utilizan sus

---

<sup>35</sup> Mark Danner, “Taking Stock of the Forever War”, *The New York Times Magazine*, 11 de septiembre de 2005. p. 46.

<sup>36</sup> “Our Two Gulf Crises”, (The Editors) *The Nation*, 3 de octubre de 2005, p. 3.

territorios nacionales como escala para cruzar la frontera de Irak para ayudar a la rebelión.<sup>37</sup>

### **La campaña estadounidense por la democracia en Oriente Medio**

La estrategia antiterrorista de Estados Unidos tiene dos elementos principales: el uso del poder militar, a menudo aplastante, como primer recurso para atacar directamente al terrorismo o a Estados vinculados al terrorismo; y la promoción de la democracia y, en caso necesario, la imposición de un cambio de régimen democrático por la fuerza, como forma de convertir el terrorismo en una opción menos atractiva. Como antídoto del terrorismo, la democracia es un ideal defendido de forma sincera, si bien a veces tendenciosa, que suscribe todo el espectro político, desde la derecha hasta la izquierda. También hay cierta convergencia entre críticos y partidarios de la política exterior estadounidense acerca del valor positivo de la democracia en la lucha contra el terrorismo.<sup>38</sup> Sus defensores sostienen que promoviendo elecciones en el mundo árabe, podemos modernizar la mentalidad “medieval” de nuestros enemigos; los valores de la Ilustración triunfarán sobre los del oscurantismo religioso. Sin válvulas de escape para sus frustraciones, los musulmanes jóvenes son más sensibles al seductor atractivo del extremismo religioso que da forma y fondo a sus motivos de queja, prosigue el razonamiento. George W. Bush ha dicho que la razón por la que deberíamos apoyar la democratización en Oriente Medio es que “las sociedades democráticas no producen terroristas”; si podemos contribuir a poner

fin a regímenes autoritarios, podremos eliminar “las condiciones que alimentan el radicalismo y las ideologías del asesinato.”<sup>39</sup>

La hipótesis de que la democracia pondrá freno al terrorismo tiene una credibilidad seductora, pues se basa en una verdad sencilla: que las democracias dan espacio político a la disidencia y tolerancia para una oposición. El papel de la reforma política en frenar la difusión del terrorismo parece un supuesto bastante razonable. Aunque no sea exactamente un antídoto del terrorismo, la política democrática desempeña un papel modernizador que a largo plazo debería tener un efecto saludable sobre la violencia. Como dijo el presidente Rodríguez Zapatero en su discurso principal ante la Cumbre sobre Terrorismo y Democracia celebrada en marzo en Madrid, “la democracia es la derrota del terrorismo”.

Se infiere, por tanto, que las democracias tienen menos probabilidades de fomentar un grado de frustración que encuentre salida sólo en la violencia radical; dicho a la inversa, los regímenes autoritarios (predominantes en Oriente Medio y Asia) gobiernan sociedades que han generado terroristas y terrorismo. De hecho, a largo plazo la democracia podría reducir la incidencia de la violencia y del terrorismo proporcionando una salida legítima para las quejas políticas, sociales y religiosas. Waleed Ziad va más lejos, y defiende el valor a corto plazo de la democracia, señalando los casos recientes del norte de la India, Sri Lanka y los kurdos de Turquía, que en su opinión ilustran que “la democracia de base y permitir que el grupo agraviado tenga una voz pública pueden ser armas eficaces contra el terrorismo”.<sup>40</sup>

Sin embargo, hay que hacer algunas salvedades. No obstante la evidente sensatez de apoyar la

<sup>37</sup> Seymour Hersh, “The Syrian Bet: Did the Bush Administration burn a useful source on Al Qaeda?”, *The New Yorker*, 28 de julio del 2003; y Robert Matthews, “Juegos nucleares: Irán y Corea del Norte”, *CIP Anuario 2004: Escenarios de conflicto. Irak y el desorden mundial*, CIP-FUHEM, Icaria, Barcelona, 2004, pp. 81-104 (versión inglesa en Cipsearch.fuhem.es). Washington también trató con deferencia a su aliado en la región, Arabia Saudí, al no perseguir con demasiada energía los lazos de ese Estado con Al Qaeda y otros extremistas musulmanes. Véase Robert Baer, *Sleeping with the Devil. How Washington Sold our Soul for Saudi Crude*, NY: Crown Books, 2003. Sobre las recientes denuncias de incursiones de los países vecinos, véase Joel Brinkley, “American Envoy Says Syria Assists Training of Terrorists”, *The New York Times*, 13 de septiembre de 2005, p. A-6.

<sup>38</sup> En el debate sobre soluciones al terrorismo, algunas voces de la izquierda señalan los posibles efectos saludables de la democratización en la cultura del terrorismo en la región, aunque rechazan la idea de Estados Unidos de imponer la democracia por la fuerza. Laurence Thieux ha escrito: “Así, la falta de democracia y de libertades civiles aparece como una de las causas principales del terrorismo.” “El discurso global sobre las causas del terrorismo”, ponencia para la conferencia del CIP “Combatir el terrorismo y asegurar la democracia: El rol de la sociedad civil”, 19-20 de mayo del 2005, p. 9. Véase también el informe de Laurence Thieux, *El terrorismo transnacional. Definición, causas, implicaciones estratégicas*, CIP-FUHEM, junio de 2005.

<sup>39</sup> David Fromkin, “A Wall of Faith and History”, *The New York Times*, 24 de marzo del 2005.

<sup>40</sup> Editorial del *The New York Times*, “Jihad’s Fresh Face”, 16 de septiembre del 2005. Ziad es asesor económico y director del Proyecto Truman de Seguridad Nacional. Añade que una buena estrategia sería apoyar a grupos de todo el mundo musulmán, tanto laicos como religiosos, que presten servicios sociales ahí donde el gobierno no lo hace; desde organizaciones de derechos de la mujer, como la Unión para la Acción Femenina de Marruecos, hasta grupos gremiales, como la Asociación de Empresarios Libaneses.

## No hay garantías de que la democratización de los gobiernos islámicos autoritarios reduzca el atractivo religioso radical —una potente fuente de terrorismo— o su influencia en la sociedad

democracia, los disidentes ven el peligro de sobreestimar el poder de la democracia para disuadir a los terroristas o de tratar su consecución como una especie de “píldora mágica”. No hay duda de que la democracia no es una condición suficiente para prevenir el terrorismo y, a veces, ni siquiera una condición necesaria. En efecto, las sociedades no democráticas han producido terroristas, pero no todas. No existe terrorismo local en los Estados autoritarios y monopartidistas de Singapur y Cuba, por citar sólo dos casos. De hecho, el único terrorismo significativo que ha padecido Cuba fue patrocinado o tolerado por una democracia, que hizo la vista gorda ante él: Estados Unidos.<sup>41</sup> Las democracias, por otra parte, han producido terroristas nacionales y no son inmunes a atentados terroristas cometidos por sus propios ciudadanos. Países como España, Inglaterra, Alemania, Italia y Estados Unidos —democracias modernas todos ellos— han sufrido el terrorismo generado por grupos nacionales en los últimos 40 años. Además, los regímenes autoritarios en transición a la democracia podrían abrir la caja de Pandora de la violencia (por ejemplo, Rusia y los Estados de la ex Yugoslavia después de 1989).

No hay garantías de que la democratización de los gobiernos islámicos autoritarios reduzca el atractivo religioso radical —una potente fuente de terrorismo— o su influencia en la sociedad, como demostró el caso de Argelia en los años noventa. De hecho, Irak es hoy una cruda refutación de los beneficios a corto plazo de la democratización. Es concebible que las futuras elecciones en ese país lleven al establecimiento de una república islámica fundamentalista que ignore valores democráticos como la tolerancia hacia las opiniones minori-

tarias. En Pakistán no hay indicios de que el establecimiento de la democracia elimine o reduzca la enseñanza de doctrinas islámicas radicales en las madrasas, una fuente importante de radicalismo islámico. En todo caso, Estados Unidos, mostrando su doble rasero para los regímenes islámicos, no está presionando visiblemente al presidente Pervez Musharraf al respecto. Samina Ahmed, directora del proyecto para el sur de Asia del International Crisis Group, escribía: “Los *mulás* nunca han sido tan fuertes como hoy. Tienen el poder en dos de las cuatro unidades federadas de Pakistán, cuentan con la voz más fuerte en la asamblea nacional y el cargo de líder de la oposición es suyo. Son los *mulás* quienes constituyen un baluarte contra el retorno de una auténtica democracia multipartidista.”<sup>42</sup>

En la Cumbre sobre Terrorismo de Madrid, el ex miembro del Consejo de Seguridad Nacional, Robert Malley, declaró que era un error creer que la existencia de democracia signifique la disminución del terrorismo. “Democracia y terrorismo pueden avanzar de la mano [...] Si Estados Unidos quiere ser eficaz en la lucha contra el terrorismo y la promoción de la democracia, debe superar su imagen de poder hegemónico interesado y dedicado a proteger los intereses de Israel.” Shlomo Ben Ami coincidía en que “[...] la democracia no es una panacea [...] en el caso de Israel, por ejemplo, no garantizó que el proceso de negociación con los palestinos fuera más fácil.”<sup>43</sup> Por último, crear políticamente una democracia a punta de bayoneta, como está intentando hacer Estados Unidos en Irak, conlleva el riesgo considerable de que el fracaso tenga un efecto de demostración negativa. En lugar de servir de mode-

<sup>41</sup> Véase Robert Matthews, “El terrorismo antes y ahora: EEUU, Cuba y el caso Posada Carriles”, *Papeles de Cuestiones Internacionales*, Nº 92, invierno 2005/06, pp. 27-40.

<sup>42</sup> *Financial Times*, 23 de agosto de 2005. Al menos uno de los autores de los atentados de Londres del 7 de julio era un ciudadano británico que había estudiado en madrasas radicales de Pakistán. Victoria Burnett escribe: “las madrasas extremistas siguen prosperando, pese a las promesas del gobierno [paquistaní] de reformarlas.” “Unwanted Export...”, *Financial Times*, 18 de julio de 2005, p. 2.

<sup>43</sup> Cumbre Internacional sobre Terrorismo y Democracia, Madrid, Sesión 1, 9 de marzo de 2005.

lo y catalizador para democratizar la región, Irak podría terminar exportando el caos a sus vecinos y creando un clima más propicio al terrorismo que el que existía con anterioridad.<sup>44</sup>

Por tanto, hemos de tener cuidado para no caer en la falsa autosatisfacción de considerar que la democracia es un remedio seguro y que ella sola puede abordar las complejas fuentes del terrorismo. Hay numerosos datos que demuestran la proposición de que las oportunidades que abre la democracia podrían aumentar la inestabilidad y las posibilidades de violencia y terrorismo, al menos en un futuro inmediato. Fernando Reinares, académico español y experto en antiterrorismo, reconoce los beneficios probables de la democratización con el tiempo, pero es escéptico ante cualquier ventaja segura a corto plazo.<sup>45</sup> Respecto al largo plazo, recordemos la observación de John Maynard Keynes de que “a largo plazo todos estamos muertos”. Por último, existe un riesgo demostrado de que las democracias que realizan actividades antiterroristas podrían prestar menos atención a los derechos civiles y a los principios de los que se nutre la democracia.

No debe interpretarse lo anterior como un menosprecio de los esfuerzos para la democratización en Oriente Medio; hay que perseguir la democracia como un bien en sí mismo y porque, junto con la educación, podría ser en última instancia un factor importante para reducir el terrorismo mundial. Pero para que la democracia sea algo más que una apariencia con la que envolver la crítica directa a los regímenes de Oriente Medio, estos gobiernos deben incorporar a los musulmanes en un nuevo orden político realmente participativo. Las sociedades auténticamente representativas no pueden conformarse con celebrar elecciones periódicamente, sean totalmente abiertas o no. Para que sirvan de factor disuasorio eficaz frente al terrorismo, estas políticas deben profundizar la democracia apoyando una “infraestructura institucional democrática” que incluye necesariamente un gobierno representativo de controles y equilibrios con unos partidos de oposición serios y legí-

timos, así como diversos grupos de presión sectoriales y de electores. El entorno sociopolítico debe proporcionar también pluralismo étnico y religioso, una prensa libre, organizaciones populares, unos tribunales independientes y respeto a los derechos civiles y a la opinión minoritaria.

## Reflexiones finales

Para muchos gobiernos del siglo XXI, el terrorismo constituye la mayor amenaza percibida para la seguridad nacional. Aunque la seguridad absoluta es un objetivo inalcanzable y una ilusión peligrosa, la primera obligación de cualquier país es proteger a sus ciudadanos en la medida de lo posible. Por tanto, hay que adoptar medidas enérgicas y eficaces, que incluyen la opción de la fuerza, para prevenir la violencia terrorista, sea inminente o probable, y limitar los daños que puede causar a la sociedad. Al mismo tiempo, es imprescindible abordar la cuestión de las soluciones a largo plazo. Debemos empezar reconociendo la diversidad y complejidad del origen, la composición y la organización del terrorismo. Después, los países que intervienen en esta lucha deben idear e implantar diversas medidas para hacer frente al problema. Entre ellas figuran abordar la pobreza y la alienación política en el mundo islámico con programas sociales y económicos apoyados por Occidente. También es necesario promover la democracia dentro de sistemas políticos cerrados y abordar el fanatismo religioso presionando a los gobiernos para que adopten medidas enérgicas contra las escuelas religiosas radicales, aunque es más importante fomentar la expansión y la mejora de las oportunidades educativas.

Pero en nuestra opinión, estos planteamientos serán insuficientes si no van acompañados de un examen y una revisión serios de las relaciones de Occidente con el mundo islámico, y en concreto la política exterior estadounidense en Oriente Medio. La continuidad de la presencia militar de este país en la región provoca la aparición de

<sup>44</sup> Este análisis de Stehen D. Biddle, de la Escuela Superior del Ejército de Estados Unidos, del pasado mes de abril, fue citado en Mark Danner, “Taking Stock of the Forever War”, *The New York Times Magazine*, 11 de septiembre de 2005, p. 68.

<sup>45</sup> Fernando Reinares es investigador principal de terrorismo internacional en el Real Instituto Elcano y profesor de Ciencias Políticas de la Universidad Rey Juan Carlos. Hizo estas observaciones en la conferencia del CIP, “Combatir el terrorismo y asegurar la democracia: El rol de la sociedad civil”, celebrada en Madrid, 19-20 de mayo del 2005, en la sesión titulada “España y los atentados del 11 de marzo”.



fanáticos religiosos; los lazos de Washington con regímenes autoritarios percibidos como moralmente corruptos por muchos de sus ciudadanos y cuya destrucción es un objetivo principal de Al Qaeda, es otra potente fuente de antiamericanismo. Por último, el apoyo incondicional de Washington a Israel y a sus políticas de línea dura para los palestinos no sólo le impiden actuar como un mediador honrado en el conflicto, sino que potencia su perfil de objetivo terrorista. En este momento, los neoconservadores siguen teniendo un peso considerable en la política exterior estadounidense, especialmente en Oriente Medio, y hay pocos motivos para ser optimistas y esperar que se replanteen las políticas.

Hay que examinar críticamente las dos líneas de la política antiterrorista de Estados Unidos, la militarización y la democratización, como soluciones a corto y largo plazo, respectivamente, en relación con la lógica y la eficacia de la primera y la fácil aceptación de las propiedades antiterroristas de la segunda. Hay una clamorosa ausencia de datos que demuestren que la guerra, las operaciones militares y la ocupación militar pueden reducir eficazmente el terrorismo; más aún, al menos en su versión de Irak, parecen contraproducentes, pues engendran terroristas a millares donde antes no existían. Un informe de la CIA subrayaba recientemente este punto, afirmando que la política estadounidense actual podría estar creando más terroristas que los que elimina.

La guerra global contra el terrorismo encabezada por Estados Unidos después del 11 de septiembre de 2001 sólo ha producido, de la forma más visible y espectacular, más guerra y más terrorismo. Por otra parte, recoger información y compartirla allende las fronteras, la poco espectacular pero meticulosa labor policial, y los procedimientos de seguridad que limitan las posibilidades del terrorismo han demostrado ser más eficaces como factores disuasorios. Es importante asegurarse de que estas actividades se realizan de forma que no generen resentimiento, fomenten represalias terroristas o debiliten la democracia que estamos defendiendo frente al enemigo terrorista. Creer que hay que frenar tanto el terrorismo como el antiterrorismo desatado para no corroer la fina capa de barniz de la civilización contemporánea y crear un entorno proclive a la violencia no significa rendirse ante el terrorismo.

La política antiterrorista de Estados Unidos afronta varios escollos, siendo los principales su dependencia obsesiva del poder militar estadounidense como primer recurso y su voluntad de "geopolitizar" el antiterrorismo, utilizando la "guerra global contra el terrorismo" como pretexto para alcanzar los objetivos hegemónicos de Estados Unidos. Esta subordinación de la amenaza del terrorismo a un programa político y económico más amplio tiene su expresión más atroz en la absurda guerra de elección en Irak, que puede que ya se haya perdido, pues parece cada vez más una guerra civil sanguinaria y prolongada. La instrucción de las fuerzas de seguridad iraquíes, condición previa principal para la retirada de Estados Unidos, se realiza con enorme lentitud y hay informes recientes que advierten de que los rebeldes ya se han infiltrado en las fuerzas iraquíes.

Es evidente que la invasión y la ocupación militar de Irak, más que algo meramente irrelevante para la campaña antiterrorista, ha servido en realidad para alentar y envalentonar a los terroristas dentro y fuera de Irak. Donde no había enemigos de Estados Unidos hay ahora quizá cientos de miles, o incluso millones, en el mundo islámico, y un día podrían convertirse en "los chicos malos", como los llaman los soldados estadounidenses.

De forma irónica y trágica, la artificiosa conexión anterior a 2003 entre Irak y el terrorismo internacional, el argumento más débil de la Administración a favor de la guerra, se ha convertido, gracias a esa guerra, en una terrible realidad. El cacareado poderío militar de Estados Unidos está atado como un Gulliver moderno por los iraquíes que fabrican bombas en sus sótanos para colocarlos junto a las carreteras. La ya disminuida credibilidad de Estados Unidos, hoy más reducida que nunca en el mundo árabe, está debilitando la propia proyección del poder estadounidense que la guerra intentó restaurar después del 11-S. Esto aumenta la vulnerabilidad de Estados Unidos al terrorismo y ya podría constituir una rotunda victoria para Al Qaeda, uno de cuyos objetivos era precisamente demostrar que Estados Unidos también podía ser humillado.

La terrible y errónea desviación de la guerra contra el terror a Irak también ha entorpecido los objetivos de Washington de contener la proliferación nuclear. Es crucial que Estados Unidos se centre de nuevo en el aspecto de la guerra contra el

terror relativo a las armas nucleares, concretamente en países que vulneran los tratados de no proliferación, como Irán, Pakistán y Corea del Norte, o que no los han firmado, como la India. El año pasado esta amenaza se hizo más peligrosa que Al Qaeda, porque la política estadounidense creó una sensación de urgencia entre países no aliados como Irán; y en segundo lugar, porque dio oportunidades a estos regímenes, debido al desplazamiento de la atención y de los recursos de Estados Unidos a Irak. Tanto Irán como Corea del Norte ven a Estados Unidos empantanado en una guerra costosa en ese país, incapaz de encontrar suficientes reclutas para mantener su ejército (a diferencia de Al Qaeda) y profundamente endeudado. Su actual debilidad limita su capacidad para aplicar el tipo de presión militar y diplomática de la que descaradamente alardeaba ante el mundo en 2003. Hoy no es exagerado imaginar las armas nucleares de Pakistán unidas a los recursos energéticos de Arabia Saudí por medio de un gobierno inspirado por Al Qaeda en Riad, hipótesis que hace más posible la titubeante y torpe guerra de Estados Unidos contra el terror.

La manipulación política en el interior de la amenaza del terrorismo con fines electorales también ha afectado a la capacidad del gobierno para proteger a la nación adecuadamente de los ataques terroristas... incluidos los desastres naturales, como ha demostrado el huracán Katrina. Al mismo tiempo, ha dañado la eficacia del segundo elemento de la estrategia antiterrorista de Estados Unidos: la democratización. Una imagen empañada de Estados Unidos como democracia modelo sólo sirve para debilitar la autoridad de la nación cuando presiona al mundo musulmán para que abra sus sistemas políticos. La democracia, al fin y al cabo, aún no ha demostrado convincentemente que puede ser siempre un baluarte natural contra la opción terrorista.

La bandera de los valores morales bajo la cual ha respondido Estados Unidos al terrorismo después del 11 de septiembre está manchada y hecha jirones tras la revelación de las torturas infligidas en la prisión de Abu Graib de Bagdad, la detención indefinida y los malos tratos contra prisioneros militares en Guantánamo y Afganistán, y el traslado de sospechosos de terrorismo a otros países que practican la tortura. Las últimas revelaciones de malos tratos sistemáticos y casi cotidianos contra presos en Irak

ponen de relieve la cualidad endémica de las violaciones de derechos por parte de Estados Unidos y podría a su manera ser una prueba elocuente del fracaso de las políticas antiterroristas estadounidenses. La aceptación displicente de la tortura es una atroz hipocresía por parte de una Administración que habla de claridad moral en su visión política y envuelve su política exterior en la retórica de los imperativos morales. Desde una perspectiva más práctica, perjudica los esfuerzos estadounidenses para combatir el terrorismo, fomentando el anti-americanismo, alimentando la propaganda de Al Qaeda y haciendo más probables las represalias terroristas. El país vive un periodo extraordinario cuando *The New York Times* puede escribir sin ironía que dos senadores republicanos mostraron un notable coraje al proponer una ley destinada a respetar el Derecho Internacional y poner fin a la tortura de detenidos bajo custodia del ejército estadounidense. El deplorable historial de Estados Unidos en materia de derechos humanos y la evidente subordinación por parte de Washington del Derecho Internacional a su peculiar estrategia para combatir el terrorismo también debilitan la autoridad de Estados Unidos como líder de los esfuerzos por la reforma democrática en el mundo musulmán.

El historial de la Administración Bush después de cuatro años de una "guerra global contra el terror" pide a gritos un reexamen serio, que se centre menos en las predilecciones ideológicas de partidarios y críticos de la Administración Bush y más en los hechos. ¿Qué se ha conseguido realmente? ¿Siguen siendo válidos todos los supuestos y elementos de la política? ¿Es el mundo un lugar más seguro gracias a estas políticas? ¿Puede que estemos creando más terroristas en potencia que los que eliminamos? ¿Qué hemos aprendido que pueda traducirse en políticas más eficaces? Si bien las respuestas no son nítidas aún, las dudas siguen siendo excesivas y diversas como para continuar aplicando una política con el piloto automático. La opinión pública estadounidense se pregunta si estamos ganando la guerra contra Bin Laden, Al Qaeda y el terrorismo. Una pregunta más pertinente es si estamos combatiéndolos realmente. Los ciudadanos a los que se les pide que costeen esta guerra, y los soldados a los que se les pide que mueran en ella, deben obligar a la Administración a que responda a esta interrogante con algo más que las ilusiones de los últimos cuatro años.